

# BABEL

*Revista de Arte y Crítica*

*Una visión más elevada  
del nuevo mundo*

---

SEPTIEMBRE - OCTUBRE 1945

---

## SUMARIO:

<i>Federico de Onís</i>	ESPAÑA EN AMÉRICA
<i>Enrique Espinoza</i>	MARTÍ AHORA
<i>Héctor Fuenzalida</i>	JULIO BARRENECHEA: EL POETA
<i>Julio Barrenechea</i>	MI CIUDAD (versos)
<i>González Vera</i>	PRESENTACIÓN DE EUCLIDES GUZMÁN
<i>Euclides Guzmán</i>	CARTA ACERCA DE UNA MUCHACHA
<i>Aldous Huxley</i>	A DOSCIENTOS AÑOS DE SWIFT

*Santiago* **29** *de Chile*

# T I E R R A F I R M E

La única colección de libros de autores latinoamericanos sobre temas de la América Latina.

ORIGINALES MODERNOS, BREVES, LEGIBLES,  
BIEN PRESENTADOS, BARATOS.



SE HAN PUBLICADO:

Augusto Guzmán

B. Sanín Cano

TUPAJ KATARI      LETRAS COLOMBIANAS

Julio Jiménez Rueda

LETRAS MEXICANAS EN EL SIGLO XIX

Mariano Picón Salas

DE LA CONQUISTA A LA INDEPENDENCIA

Arthur Ramos

LAS POBLACIONES DEL BRASIL

Alfonso Crespo

SANTA CRUZ, EL CONDOR INDIO

Gilberto Freyre

INTERPRETACION DEL BRASIL

Luis de Valcárcel

RUTA CULTURAL DEL PERU

Leopoldo Benítez

ARGONAUTAS DE LA SELVA

Medardo Vitier

DEL ENSAYO AMERICANO



EN TODAS LAS LIBRERÍAS, O CON EL EDITOR:

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

PANUCO 63

MEXICO, D. F.

# GUIA DE LIBREROS

## LIBRERIA APOLO

Pasaje Matte 88 - Tel. 66727

TODO LO QUE SE  
LEE EN ESPAÑOL

## LIBRERIA MEXICO

Bandera 445 - Tel. 88118

EDICIONES CRUZ DEL SUR

## LIBRERIA DE OCCIDENTE

Alameda B. O'Higgins 1313  
Tel. 69649

LITERATURA GENERAL

## LIBRERIA NASCIMENTO

Ahumada 125 - Tel. 83759

LAS MEJORES EDICIONES  
NACIONALES Y EXTRANJERAS

## LIBRERIA EL SEMBRADOR

Pasaje Matte 29 Tel. 86240

LIBROS Y REVISTAS EN INGLÉS:  
LITERATURA PARA NIÑOS, LI-  
BROS TÉCNICOS NOVEDADES EN  
ESPAÑOL

## LIBRERIA ORBE

San Antonio 212 - Tel. 31944  
Casilla 1316

EDICIONES CHILENAS, FIGURINES  
Y NOVEDADES EXTRANJERAS.  
DEPARTAMENTO VENTAS A PLAZO

## LIBRAIRIE FRANCAISE

Estado 36 - Tel. 80504  
Casilla 43 D.

LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y  
LIBROS TÉCNICOS EN FRANCÉS.  
EN LENGUA ESPAÑOLA TODAS  
LAS NOVEDADES

## LIBRERIA PLUS ULTRA (Ex-Librería Ercilla)

Agustinas 1639 - Tel. 62222  
Casilla 9351

LIBROS EN TODAS LAS RAMAS  
DEL SABER HUMANO

## LIBRERIA HISPANO-AMERICANA

Merced 846 - Tel. 33455  
Casilla 3916

SUSCRIPCIONES A REVISTAS  
EXTRANJERAS

## LIBRERIA SALVAT

Agustinas 1043 - Tel. 84734

LIBROS TÉCNICOS Y LITERATURA  
GENERAL

## LIBRERIA LA OCASION

San Diego 125 - Tel. 89608

LIBROS RAROS, EDICIONES  
CHILENAS AGOTADAS

## LIBRERIA SENECA

Huérfanos 836 - Tel. 33698  
Casilla 13171

LIBROS TÉCNICOS Y LITERATURA  
GENERAL

## EDITORIAL "CULTURA"

presenta la novedad literaria del año:  
**COLECCION «LA HONDA»**  
bajo la dirección de *Nicomedes Guzmán*

Doce autores, doce títulos: una síntesis extraordinaria de la realidad actual de Chile a través de la interpretación de nuestros mejores noveladores nuevos

**EL GOLFO DE PENAS,**  
*por Francisco A. Coloane*

**SINFONIA EN PIEDRA,**  
*por Raúl Norero*

**VENTARRON,**  
*por Reinaldo Lomboy*

**PAMPA VOLCADA,**  
*por Mario Bahamonde*

**COMARCA DEL JAZMIN,**  
*por Oscar Castro*

**POR EL ANCHO CAMINO DEL MAR**  
*por Guillermo Valenzuela*

**UNA CASA JUNTO AL RIO,**  
*por Gonzalo Drago*

**TIERRA EN CELO,**  
*por Juan Donoso*

**LA BODA DEL GRILLO,**  
*por Nicasio Tangol*

**SEWELL,**  
*por Ballazar Castro*

**SOBRE LA BIBLIA, UN PAN DURO,**  
*por Andrés Sabela*

**LA NOCHE Y LAS PALABRAS,**  
*por Eduardo Elgueta*

Valor de la suscripción por los 12 volúmenes: **\$ 250.-** No se venderá por tomos separados.

SOLICITE PROSPECTOS Y SUSCRÍBASE EN:

**LIBRERIA DE LA EDITORIAL CULTURA**  
Huérfanos 1165 — Teléfono 81291 — Casilla 4130

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

## LIBRERIA UNIVERSITARIA

*Edificio de la Universidad de Chile, Alameda B. O'Higgins N.º 1058,  
2.º Piso, Casilla 10 - D. Teléfono 82451*

### OBRAS EN VENTA:

<b>Alonso, Amado,</b> <i>El artículo y el diminutivo</i> ..... \$ 10.-	<b>Lira, Pedro,</b> <i>El Código Civil y el nuevo derecho</i> ..... 60.-
<b>Amunátegui S., Domingo,</b> <i>Las letras Chilenas</i> ..... 25.-	<b>Mardones, Francisco,</b> <i>Curso de Geometría Descriptiva</i> 120.-
<b>Anabalón, Carlos,</b> <i>Tratado Experimental de Derecho Procesal Civil Chileno</i> .. 200.-	<b>Pinilla, Norberto,</b> <i>La generación chilena de 1842.</i> 40.-
<b>Castro, Américo,</b> <i>Conferencias dadas en la Universidad</i> ..... 25.-	<b>Pinilla, Norberto,</b> <i>Bibliografía crítica sobre Gabriela Mistral</i> ..... 10.-
<b>Labarca, Amanda,</b> <i>Historia de la Enseñanza en Chile</i> ..... 50.-	<b>Pinilla, Lagos y Rojas,</b> <i>Panorama literario de 1842..</i> 15.-

SE RECIBEN OBRAS EN CONSIGNACION - SE HACEN  
ENVIOS CONTRA REEMBOLSO - SOLICITE CATALOGOS

# BABEL

*Revista de Arte y Crítica*

*Director:* ENRIQUE ESPINOZA

## 1945

*Santiago de Chile*

NUMERO 29

## NOVEDADES

- Federico García Lorca: LA CASA DE BERNARDA ALBA...** \$ 1.50  
Obra póstuma del genial poeta español que, después de creerse perdida durante varios años, acaba de estrenar con éxito clamoroso la eminente actriz Margarita Xirgú.
- André Maurois: HISTORIA DE LOS ESTADOS UNIDOS, II.º Tomo (1829-1940)** 5.00  
La vida política y social de Norteamérica narrada con destreza y amenidad excepcionales.
- Benito Pérez Galdós: EL ABUELO** 2.50  
Una de las creaciones más perdurables y características del genio galdosiano.
- Georges Duhamel: DIARIO DE UN ASPIRANTE A SANTO.** 1.50  
Una novela de trama originalísima.
- Sigmund Freud: MOISES Y LA RELIGION MONOTEISTA.** 2.00  
Obra póstuma en que el eminente autor psicoanaliza el antisemitismo.
- Aldous Huxley: EL TIEMPO Y LA MAQUINA** 4.50  
Una colección de ensayos reveladores del ingenio y la agudeza peculiares de Huxley.
- Isidoro Sagüés: MAL DE CIUDAD** 4.00  
Una novela típicamente porteña que describe con gran relieve características del vivir urbano.
- Juan Ramón Jiménez: ANTOLOGIA POETICA** 8.00  
Obra que reúne lo esencial de la producción poética del autor de PLATERO Y YO.
- André Lalande: LAS TEORIAS DE LA INDUCCION Y LA EXPERIMENTACION** 5.00  
Los orígenes del método experimental, la inducción baconiana, la hipótesis, los principios y el fundamento de la inducción.
- Guillermo Francovich: LA FILOSOFIA EN BOLIVIA** 4.00  
Un panorama de la filosofía en Bolivia por el autor de FILOSOFOS BRAZILEÑOS.
- Deodoro Roca: LAS OBRAS Y LOS DIAS** 4.00  
Las mejores páginas de un espíritu de excepción.
- Swami Vijayananda: LA CIVILIZACION MODERNA** 3.50  
Una prestigiosa figura de la intelectualidad hindú analiza los tiempos actuales.
- Lorenzo Luzuriaga: REFORMA DE LA EDUCACION** 4.00  
La educación actual y la de postguerra examinadas por un autorizado pedagogo.
- H. Rohrer: INTRODUCCION A LA CARACTEROLOGIA** 4.00  
El estado actual de esta novísima disciplina. La herencia, el sexo y la educación en sus relaciones con el carácter.
- Angel Cabrera: EL PENSAMIENTO VIVO DE AMEGHINO** 3.00  
Un eminente hombre de ciencia presenta la obra del gran naturalista argentino.

EDITORIAL

Alsina 1131, Buenos Aires

Colonia 1060, Montevideo.



LOSADA, S. A.

Mitre 991, Rosario

Huancavelica 288, Lima.

Alameda Bernardo O'Higgins 253, Santiago de Chile.

*Federico de Onís*

## La eternidad de España en América <sup>(1)</sup>

Si yo hubiera tenido que elegir el tema de mi disertación, seguramente no se me hubiera ocurrido éste, porque mi atención constante al estudio de la literatura americana ha sido guiada por la idea de la originalidad esencial de la cultura de este continente. Hubiera escogido por lo tanto un tema en el que esta convicción se buscara, no por el camino negativo de la relación de América con otras realidades históricas, sino por el de la afirmación de los valores absolutos y exclusivos que constituyen su originalidad. Como esto no hubiera sido nada fácil, me hubiera limitado a traer ante este grupo de especialistas mis ideas acerca del método o el camino que se debe seguir para llegar algún día a encontrar y definir el carácter propio de la cultura americana.

Cada nueva realidad histórica ha exigido para ser estudiada y entendida la creación de un nuevo método histórico. Nació la historia con el método filológico que sirvió para reconstruir el mundo antiguo con una claridad y seguridad que se destacaban luminosamente entre la densa oscuridad en que quedaban, por delante, los precedentes de la historia antigua, y por detrás, los subsiguientes mil años de la llamada Edad Media. Para penetrar ambas sombras milenarias hubo que inventar nuevos métodos y gracias a ellos conocemos hoy las civilizaciones prehistóricas y primitivas y la medieval mejor que la llamada Edad Moderna. Para estudiar ésta en fin tuvieron que inventarse nuevos métodos y conceptos que consiguieron fundamentalmente en partir del presente hacia el pasado, en el tiempo, y desde la nacionalidad del historiador hacia el resto de la tierra, en el espacio. De esta manera toda la luz se proyectó sobre el occidente europeo que surgió luminoso dejando en la sombra todo lo que no podía reducirse en alguna manera a las concepciones y valores europeos.

Dentro de este concepto estaba América únicamente como una expansión de Europa, y consecuentemente se veía como

1) Trabajo presentado ante el «Tercer Congreso Internacional de Catedráticos de Literatura Iberoamericana» y publicado en la *Revista Hispánica Moderna* que dirige su autor. Año IX - N.º 3.

una hijuela, dependencia o colonia de la forma nacional europea—española, portuguesa, inglesa, francesa — a ella trasplantada. Lo otro, lo que estos pueblos habían encontrado en el Nuevo Mundo — nuevo para Europa —, lo viejo que había en él, las civilizaciones indias, pasó a ser visto en su totalidad como una unidad precolombina — anterior a Europa — y a ser estudiado como las demás civilizaciones prehistóricas y primitivas, extrañas a Europa. Por existir un método para su estudio, conocemos hoy mucho mejor las civilizaciones maya o incaica que la de la época colonial o la de los pueblos independientes de América, así como están mejor estudiadas las múltiples y diversas lenguas indígenas que el español, el portugués o el inglés de este continente.

La historia moderna de la América española y portuguesa ha quedado más en la sombra aún que la de la América inglesa porque fué envuelta en el mismo prejuicio europeo que excluía a los dos pueblos de la Península Ibérica del concepto normal de Europa. Pero si esta América, que luego se ha llamado latina con otro nombre de significación sólo europea, fué incomprendida en cuanto era o se creía ser española o portuguesa, lo fué mucho más en cuanto era americana. De ahí los esfuerzos repetidos y diversos de los hispanoamericanos por salvarse y entenderse a sí mismos dentro de la concepción de valores dominante desde el siglo XVIII, por el camino de la europeización e incorporación a los pueblos directores de Europa o por el opuesto de la afirmación de su indigenismo autóctono ancestral. Caminos ambos por los que creían alejarse de España y que sin embargo eran los mismos que al mismo tiempo seguían los españoles ante la incompreensión europea. En España, aun más que en América, se adoptaron desde el siglo XVIII las influencias extranjeras — francesas, inglesas, alemanas —, se reaccionó contra la tradición española y se abogó por la europeización por reformadores, progresistas, krausistas, institucionistas, modernistas, etcétera, desde Feijóo hasta Ortega y Gasset, al mismo tiempo que se afirmaba el indigenismo ibérico por los mejores europeizantes como don Joaquín Costa al buscar la construcción de su nueva política salvadora en la organización política, civil y religiosa de los celtíberos o don Miguel de Unamuno al afirmar como un desafío a Europa el africanismo de España.

He aquí un ejemplo, como otros muchos, de que el españolismo de América no hay que buscarlo en la conservación o supervivencia de cosas idénticas del pasado común, ni menos

en la expresión del querer unos americanos ser españoles y otros no. Abundan los ejemplos de ambas clases y es evidente que la diferencia de actitud en su querer no tiene nada que ver con la realidad de su manera de ser. Muchos de los más antiespañoles, como Sarmiento o Lugones, son típicamente españoles en su psicología y su estilo, mientras que otros muy españolistas, como Larreta o Ugarte, se caracterizan por su afrancesamiento. La conservación de costumbres, instituciones, ideas o cosas españolas en América, por abundante que sea— y lo es tanto que la visita a muchos pueblos americanos, o la lectura de los libros, nos dan muy a menudo la impresión de hallarnos ante realidades españolas del pasado más puras e intactas que las que se conservan en ningún sitio de España —, no significa más que tradición muerta, aislamiento, inercia, es decir, lo contrario de la verdadera tradición que, como largamente mostró Unamuno, es algo vivo y vivificador que se transmite como un fermento creador y mantiene a través de todos los cambios posibles la unidad y persistencia de las culturas.

La permanencia de España en América tendremos que buscarla por lo tanto, no como peso muerto o resto arqueológico del pasado, sino como fermento vivo latente en las creaciones nuevas y originales americanas; no en lo que España hizo y dejó en América, sino en lo que los americanos crearon por sí mismos diferenciándose de los españoles. Y será más patente y valiosa la tradición de América si la encontramos en las creaciones americanas que más se diferencian de las españolas.

La diferenciación entre España y América empezó desde el primer contacto que hubo entre las dos y está registrada en el primer documento de la literatura hispanoamericana o sea la carta que escribe Colón dando cuenta a los reyes de su primer viaje. Colón y sus españoles se encuentran ante un mundo nuevo y se esfuerzan por describirlo y explicarlo a quienes difícilmente podrán entenderlo. Hay en esa carta, como en las innumerables relaciones que después se escribieron por los españoles que continuaron el descubrimiento una conciencia clara de la nueva realidad que tenían ante sus ojos y en la que hubieron de moverse y vivir, y de ella nacía una nueva actitud del espíritu tanto respecto al nuevo mundo que pisaban como al que habían dejado atrás. Aparecen en estos primeros relatos escritos por los españoles en América, así como en toda la rica y diversa literatura de Indias que se escribió durante el siglo XVI, todos los temas nuevos que van a ser los propios de la literatura hispa-

noamericana con una intensidad que no ha sido superada después. La naturaleza virgen e inabarcable, con sus animales y plantas nuevos; la raza indígena, extraña y peregrina, con sus grandes y exóticas civilizaciones o su salvajismo primitivo que se interpretaba como el hombre en estado de naturaleza inocente y libre de pecado como en el paraíso terrenal. Y más significativo que todo esto, que podríamos llamar materia americana, es la conciencia de las nuevas dimensiones del escenario en que el hombre europeo, sin cambiar de tamaño, tenía que actuar. El tamaño del mundo creció ante sus ojos y bajo sus pies, y al adaptarse el hombre europeo a la nueva realidad se transformó en un hombre nuevo, el «homo americanus», con una concepción nueva de su relación con el mundo exterior. Por eso en los libros de Indias vemos constantemente el esfuerzo para tratar de explicar a los lectores europeos y a sí mismos las distancias y la extensión y tamaño de las realidades americanas, buscando inútilmente medios de comparación y puntos de referencia en las realidades europeas. Hay en ellos también un espíritu de movilidad, de ansia de novedad, de desarraigo e impulsividad hacia el más allá, de iniciativa y libertad, que, aunque tuvo su origen en la España de la Reconquista y el Renacimiento, significaba en Europa una reacción radical contra su pasado, mientras que en América fué su razón de ser y su carácter esencial y permanente. La diferenciación entre España y América nació aun antes de que América fuera descubierta, nació en el momento en que unos españoles decidieron marcharse y otros quedarse. Este es el hecho inicial en todo americano, la voluntad de dejar a Europa, que se ha repetido hasta hoy en el alma de cada uno de los millones de europeos que han llegado a las costas de América. No hay diferencia esencial entre la actitud inicial y el proceso posterior de americanización de los primeros descubridores, conquistadores y pobladores españoles y la del último inmigrante. Se ha notado siempre el hecho de que muchos de estos inmigrantes tuvieron como motivo de su salida de Europa y venida a América una disidencia de carácter religioso, político o económico. El hecho de la disidencia, base inicial de todo lo americano, lo encontraríamos igualmente en todos los que a América han venido, y será más patente en aquellos casos, como cuando se trata de los españoles en el siglo XVI en los que no había otro motivo o causa determinante mas que el puro deseo de marcharse. Por debajo de toda intención confesa o visible, como la busca de la riqueza, la propagación de

la fe o la extensión del imperio, había en ellos la más honda de trasladarse a nuevas tierras, romper los lazos con la tierra abandonada y buscar nuevas posibilidades para la actividad individual.

Esta intención se manifiesta de modo general y evidente en el hecho de la incompatibilidad que se crea en seguida entre los españoles que vinieron a América y los que quedaron en España. Y es más clara por lo mismo de que aquéllos eran fieles a las instituciones y principios sobre los que se había fundado la unidad del Estado español. Gracias a esa fidelidad a los principios de la monarquía española y la religión católica fué posible la construcción y perduración del imperio español en América a pesar de la incompatibilidad inmediata entre el nuevo español de América y el viejo de la metrópoli. La resolución de esta incompatibilidad es el índice de la historia colonial de América y se manifiesta en todos sus hechos. Por debajo de la historia de este compromiso entre la concepción europea que de América tenían los reyes, el Consejo de Indias, los teólogos, juristas y políticos de España, y la concepción americana de los conquistadores, encomenderos, pobladores y misioneros, hay otra historia interna que es la del desarrollo y creación de un nuevo hombre y una nueva sociedad en América en los que desde el principio latan los gérmenes de diferenciación e independencia.

La ruptura de los lazos políticos vino con la Independencia, trescientos años después; pero esta no fué más que un episodio saliente del proceso real de diferenciación que empezó en el acto voluntario de desarraigo del español que partía hacia el Mundo Nuevo y continuó en su adaptación inmediata al nuevo ambiente y la nueva vida. Este proceso se vería claramente y sin excepción en todos los hechos de las figuras salientes de la conquista y colonización, así como en los de la vida vulgar cotidiana. Sin tiempo para citar ejemplos, lo cual equivaldría a hacer o recordar la historia toda de América, baste con indicar el hecho repetido normalmente de la incompreensión y menosprecio con que eran acogidos al volver a España los conquistadores, si no habían sido decapitados o ahorcados antes, y el común de los indios, los «Antones peruleros», ridiculizados por el pueblo y satirizados por la literatura. No acuso con esto a España de ingratitud ni de mezquindad. España era grande entonces en todos sus propósitos y lo fué de un modo supremo en el de crear su imperio indiano; pero España, por esto mismo, sólo podía comprender a América

como una propiedad y extensión de sí misma y apreciarla en cuanto le servía para la realización de sus fines que eran fundamentalmente europeos. Por eso el Estado español se preocupó del establecimiento de sus instituciones y su autoridad en las tierras pobladas por los españoles disidentes y desarraigados, y los pensadores españoles elaboraron con gran sabiduría y originalidad el derecho internacional, las leyes de Indias, la política indiana, y buscaron la solución de todos los problemas nuevos que planteó América, siempre desde el punto de vista de su incorporación a España, y por lo tanto a Europa.

El español de América, en cambio, y su hijo, el criollo, tenían que resolver los múltiples problemas de hacer América, mientras que los españoles de España resolvían el de encajarla en Europa. El español americano, diferente ya, hechura él mismo de América, no podía mirar a ésta desde fuera y en segundo plano, sino desde dentro y en primer plano de la tarea propia de cada día.

Entre los dos, cada uno a su manera, en medio de rozamientos e incompatibilidades constantes, crearon la estructura de la América colonial, y aun después de la Independencia los españoles de España han seguido influyendo en la formación de la cultura americana independiente. Siempre ha habido y probablemente seguirá habiendo relaciones entre España y los pueblos americanos de lengua castellana. Y lo mismo que Góngora o Quevedo influyeron en la literatura colonial, pudieron influir Larra o Bécquer en la del siglo XIX, y Juan Ramón Jiménez, Unamuno u Ortega y Gasset en la literatura de hoy. También han influido los americanos en la formación de la cultura española moderna, durante la Colonia y después de la Independencia. Lo mismo que el Inca Garcilaso de la Vega y Alarcón enriquecieron la literatura del Siglo de Oro, la Avellaneda enriqueció el romanticismo y Rubén Darío fue padre y maestro de la renovación modernista en España. Y no sólo en el campo de la literatura, que pongo como ejemplo, sino en todos los aspectos de la cultura y de la vida, aun los más populares, hubo siempre en España un influjo considerable de América, que no se ha estudiado todavía, pero que es muy hondo, general y antiguo sin duda en aspectos tales como el lenguaje, las costumbres y la música popular.

Pero estas relaciones mutuas entre España y América, por importantes que sean, no nos interesan para nuestro objeto; porque yo creo, conforme a todo mi razonamiento anterior, que lo que ciertamente perdurará de España en América y lo-

grará la «eternidad» enunciada en el tema que se me ha asignado — con delicadeza que no puedo menos de agradecer a mis compañeros americanos del Norte y del Sur en atención sin duda a que saben que ha de estar más vivo en mí que en ellos mi entrañable fondo español y por lo mismo mi americanismo del Sur y del Norte — es lo que de España quedó en la obra realizada por el español que vino a América, al diferenciarse y nacer en él el nuevo hombre americano. Lo que en él y en sus hijos y en su obra puso el otro hombre viejo americano, el indio, y lo que hayan añadido los otros pueblos que han llegado a América o a los que América se ha acercado para recibir su influjo, no es asunto mío sino de otros trabajos presentados en este Congreso. Lo que a mí me toca es afirmar que España vive y vivirá siempre en este continente, no como algo externo cuyo arquetipo tenemos que ir a buscar en España, sino como algo constitucional que está en el fondo y origen de la América moderna que nació con su descubrimiento, es decir, algo que tenemos que buscar en América y que todo americano debe buscar dentro de sí mismo.

Cuando los americanos han hecho esto, es decir, siempre que un americano ha buscado y ha encontrado su originalidad y ha creado, por lo tanto, una obra valedera y universal, tiene ésta un carácter netamente español al mismo tiempo y por lo mismo de tenerlo americano, nacional e individual. Esto se ve más claro en la literatura, donde el valor requiere como condición necesaria la originalidad. Las obras literarias americanas en las que encontramos todos — y especialmente los españoles — más vivo y patente el espíritu español, no son las inspiradas en la literatura española o en España, sino las obras más puramente americanas en muchas de las cuales no se menciona a España o se habla de ella sólo para denigrarla, tales como el *Facundo*, el *Martín Fierro*, las obras de Martí, de Rodó, de Rubén Darío, *Don Segundo Sombra*, etcétera. Es significativo el hecho de que muchas de estas grandes obras y autores americanos han logrado su plena consagración como obras universales en España, y que haya sido Unamuno, el máximo español universal de nuestro tiempo, quien haya señalado por primera vez, a los americanos mismos, su valor y su originalidad a la vez americana y española. Cuando Unamuno también, escribe su ensayo sobre *Don Quijote Bolívar*, descubre la esencia española del carácter del Libertador, que se encuentra igualmente en las demás grandes individualidades que hacen la historia de la América independiente, sean

estas libertadores, caudillos o dictadores, en los que parecen resucitar las grandes individualidades humanas de la época inicial de la Conquista, y a quienes se parecen como hermanos los caudillos y guerrilleros contemporáneos de la guerra de la Independencia y de las guerras civiles españolas.

En este paralelismo constante y profundo, que se ha señalado muchas veces, entre América y España desde que las dos marchan por sus caminos independientes — a pesar del escaso contacto entre ellas y de sus condiciones tan diversas — está la prueba mayor de que ambas proceden de un tronco común y llevan en su fondo original una misma tradición viva que está latente e invisible como un germen o una levadura en todas sus transformaciones posibles. Podemos suponer que llegue a desaparecer todo lo que desde España se estableció en América, como desapareció la estructura política de su organización colonial y tantas otras cosas del pasado — ni más ni menos que han desaparecido en España misma —; pero aquello que plantaron en América los españoles que tuvieron la voluntad de ser americanos — aquello que sin duda era lo más íntimo y popular de España, lo que tenía más fuerza de unidad, universalidad y libertad, lo que era más apto para transformarse y fundirse con los demás elementos que ofrecía la nueva realidad — perdurará a través de todas las transformaciones que sufra este continente, cuyo destino, como ellos quisieron, es el de ir siempre en busca de un más allá.

Columbia University.

Enrique Espinosa

## Martí ahora

(1895 - 1945)

El apóstol que había sido para los cubanos, por su obra libertadora, se convierte cada vez más en un pensador lleno de previsiones políticas, de anticipaciones económicas, en nuestro gran exaltador de ciudadanía, en nuestra medida, en fin, de toda justicia y de toda obra armoniosa, profunda, iluminada de trascendencia y de poesía. FÉLIX LIZASO.  
«Pasión de Martí».

El poeta y profeta de Cuba libre, que a fines del siglo pasado quiso escribir con su sangre, literalmente, la última estrofa del himno de 1810, sobrepasó en mucho este justo anhelo patriótico. Pues, a tiempo que su heroica muerte ponía fin al más oscuro período de la dominación española en América, inauguraba otro, en el que su propio genio aun resplandece a través de muchas páginas imperecederas en prosa y verso.

Por tanto, no bien vamos conociendo íntegramente la obra literaria del «Apóstol», así llamado hasta el exceso por sus innumerables biógrafos, sumos repetidores del primero y más eficaz, crece nuestro afecto hacia el gran escritor americano que admiraron Sarmiento y Rubén Darío en las columnas de «La Nación» de Buenos Aires.

Pero antes de insistir en este antiguo punto de vista, que no embarga la gloria oficial de Martí, permítasenos un ligero examen de su ideario madurado allá en el Norte, a la sombra esclarecedora de Lincoln y Emerson.

Porque, tras «El presidio político en Cuba», que publica en España, y los otros escritos de diversa índole, a su paso por México, Guatemala y Venezuela, es al cabo en Nueva York donde Martí fija en forma definitiva su pensamiento.

Por ejemplo, el de su anticolonialismo esencial en conexión con la lucha interna de los Estados Unidos, que le arranca en una carta extraordinaria a Bartolomé Mitre y Vedia, estas palabras, que no han perdido su vigencia todavía:

«Hoy, sobre todo, que en ciertas comarcas de nuestra América, en que arraigó España más hondamente que en otras, se capitanea, bajo bandera literaria y amor poético de la tradición una mala empresa de vuelta a los estancados tiempos viejos,— urge sacar a luz con todas sus magnificencias, y poner en relieve con todas sus fuerzas, esta espléndida lidia de hombres.»



Sin embargo, equivocarse de medio a medio quien juzgara por esta frase a Martí como intérprete blando del poderío yanqui, a la manera de algunos profesores contemporáneos. Al contrario, su actitud no es nunca la de mero espectador. Martí encuentra mucho que objetar a los «ultra - aguillistas», como llama a los hombres de Wall Street. Y lo hace de modo inconfundible.

Ya en su primer asomo a Nueva York, en 1880, se duele de la «mezquinísima» estatua consagrada entonces a Lincoln en Union Square.

Luego, en su admirable crónica sobre «La guerra social en Chicago», que cuenta entre lo mejor que se ha escrito en cualquier idioma en torno de aquella horrenda tragedia, encontramos las siguientes líneas negras entre otras muchas rojas:

«Esta república por el culto desmedido a la riqueza, ha caído, sin ninguna de las trabas de la tradición, en la desigualdad, injusticia y violencia de los países monárquicos.»

No hay jactancia, pues, en Martí cuando le escribe a un amigo en las postrimerías de su gigantesco combate:

«Viví en el monstruo y le conozco las entrañas: y mi honda es la de David.»

Lo que verdaderamente le apasionaba en los Estados Unidos era su literatura incomparable. Casi todos sus grandes representantes, empezando por Emerson, le merecen a Martí un detenido estudio y a él se debe su introducción entre nosotros.

En la misma carta que citamos, dirigida al hijo del fundador de «La Nación», Martí anota de paso, por el solo gusto de informar a su corresponsal argentino: «Hay un joven novelista que se afrancesa, Henry James.» Esto, al lamentarse: «Aunque ya han muerto Emerson y Longfellow, y Whittier y Holmes están para morir.» Y antes de rematar el párrafo con este consuelo: «Pero queda un grandísimo poeta rebelde y pujante, Walt Whitman.»

¿A que otro autor hispanoamericano se le puede descubrir igual lucidez en una literatura extraña? Clásicas quedaron justamente por eso, además de aquellas necrologías excepcionales, las no menos grandes páginas de Martí sobre las fiestas del centenario de la Constitución en Filadelfia, la inauguración de la estatua de la Libertad o el librepensamiento en los Estados Unidos. Hasta su breve crónica sobre la velada neoyorquina en la muerte de Marx tiene un hálito perdurable:

«Ved, esta sala la preside, rodeado de hojas verdes, el retrato de aquel reformador ardiente, reunidor de hombres de diver-

sos pueblos, y organizador incansable. La Internacional fué su obra: vienen a honrarlo hombres de todas las naciones.»

Apenas se ha estudiado hasta hoy la influencia que tuvo en Martí el conocimiento directo de la gran literatura norteamericana del siglo XIX y su adhesión a la filosofía de Emerson. En cambio, se viene hablando cada vez más copiosamente de la españolidad de Martí, de lo teresiano y quevedesco en Martí, aparte de otras vejeces venerables.

Ahora bien, quienes lo hacen parecen olvidar el propio concepto literario de Martí, la íntima relación que señala el maestro entre la literatura y la política en los comienzos de su carrera profesoral y en perjuicio de su porvenir académico precisamente.

Desde luego, no es nuestro intento hacer aquí la defensa de la originalidad y menos abogar por la absoluta novedad de Martí. El cargo de arcaico ya se lo habían hecho a su estilo en vida y él mismo lo contestó adecuadamente al frente de la *Revista Venezolana* que dirigió en Caracas.

Con todo, por si aquello fuera poco, he aquí otra muestra de cómo entendía la independencia espiritual el brioso autor de *Nuestra América*:

«Gutiérrez para no ser traidor no quiso ser académico»,— dice aludiendo a la devolución que nuestro primer humanista don Juan María Gutiérrez hizo del diploma de miembro correspondiente de la Real Academia Española. Y al mismo artículo en que lo dice, pertenecen las siguientes palabras, que no dejan lugar a dudas sobre la opinión de Martí, no sólo en este asunto, aun motivo de polémica entre nosotros, sino también sobre lo teresiano y quevedesco que le cuelgan tan generosamente:

«Y surgió en la Argentina, con la irregularidad y atrevimiento que vienen de la fuerza, ese mismo castellano que no huele a pellejo por obligación ni está sin saber salir de Santa Teresa y el *Gran Tacaño* y ya se habla en España por los hombres nuevos, aunque sin el desembarazo y riqueza con que lo manejan en América sus verdaderos creadores.»

De no ser así la revolución idiomática emprendida por Rubén Darío no habría encontrado tanto eco en Antonio Machado y otros poetas peninsulares apegados a su pueblo.

Claro que Martí sentía un gran afecto por España, como lo sentimos cuantos vivimos alguna vez en ella; pero hay que ver también en qué causas lo funda el cubano para evitar cualquier equívoco sentimental:

«A España se la puede amar, y los mismos que sentimos todavía sus latigazos sobre el hígado la queremos bien; pero no por lo que fué ni por lo que violó, ni por lo que ella misma ha hecho con generosa indignación abajo, sino por la hermosura de su tierra, carácter romántico y sincero de sus hijos, ardorosa voluntad con que entra ahora en el concierto humano, y razones históricas que a todos se alcanzan y son como aquellos que ligan con los padres ignorantes, descuidados o malos a los hijos buenos.»

Este amor de Martí por España se diferencia bastante del que manifiestan los oradores adocenados a la Madre Patria — con mayúsculas desde luego — el Día de la Raza.

Martí sólo tiene pullas para esos «hijos pródigos» y «trasamericanos», que reniegan la obra libertadora de sus padres y sueñan una imposible reconquista española que derribe cuanto aquéllos construyeron.

Al primer amago retórico, no más, y menos grave del que nosotros padecemos en los primeros años del régimen falangista con *voluntad de imperio*, Martí escribía estas palabras previsoras:

«¡Y ahora está aconteciendo que los hijos de aquellos próceres gloriosos no hallan otra manera de honrarlos más que la de ingerir de nuevo en su patria los serviles respetos y vergonzosas doctrinas que echaron abajo, acompañadas de sus cabezas, sus progenitores!»

Como ya dijimos, Martí no separaba el arte de la política. Por eso era igualmente incisivo con los literatos que, infieles al espíritu de su tierra, desvariaban a su vez con Atenas de tercera mano.

A su juicio, no se debía pintar «el verde juvenil de nuestros valles con aquel verde pálido de Arcadia...» En un artículo sobre la pampa, pregunta como aludiendo a Martín Fierro:

«¿A qué leer a Homero en griego, cuando anda vivo, con la guitarra al hombro, por el desierto americano?»

Quien conoció tanto a nuestros países en sus correrías de auténtico exilado asegura también:

«No somos aun bastante americanos; todo continente debe tener su expresión propia; tenemos una vida legada, y una literatura balbuceante.»

En verdad, cuando se lee o relee a Martí para comentar su obra, uno se forma espontáneamente todo un libro con sus «salidas más pintorescas y jugosas», según se lo sugería él mismo a su amigo Gonzalo de Quesada en una carta que se considera como su testamento espiritual.

Un poco más de dicho breviario hemos de copiar en apoyo de nuestro punto de partida.

En efecto, Martí era poeta y profeta y no principalmente apóstol. ¿Qué duda cabe ante su significación actual dentro y fuera de su país? El intento de convertirlo en un santón, bueno para las celebraciones oficiales, disminuye su empeño civilizador y falsea en gran parte su espíritu.

«El Martí de la banderita y todos los demás ritos vacíos de contenido, está superado», afirma con valentía Félix Lizaso en un libro que, por más ceñido al freno del arte, colócamos por encima de su ensayo biográfico, «Martí, místico del deber.»

Santo y apóstol, tal vez; pero en todo caso armado de una pluma que vale una espada.

Basta ver con qué clarividencia enfoca Martí la historia de la constitución norteamericana. Sabe que si Washington es la independencia, Lincoln es la revolución. Por eso al hablar de la lucha que no terminó el primero, asegura sentenciosamente, a su modo:

«Aplazar no es resolver. Si existe un mal con permitir que se acumule, no se remedia. El crimen, el crimen de permitirlo, trae siempre sangre.»

Y refiriéndose al segundo:

«Pero la guerra enorme que a los tres cuartos de siglo fué indispensable al fin para decidir el pleito entre las secciones rivales, guerra que hubiera sido al empezar la Unión igual en resultados y menos cruenta, enseña que si cabe transigir en meras suspicacias, orgullos e intereses, no hay transacción fecunda ni sancionada por la historia en lo que acorta o tortura la esencia del ser humano. En la justicia no cabe demora; y el que dilata su cumplimiento, la vuelve contra sí. La experiencia política así lo falla, no el mero sentimiento.»

Es lo que no supieron ver justamente por un malentendido humanitarismo los intelectuales españoles de nuestro tiempo al servicio de la República, y lo que no se atreven a contemplar con los ojos abiertos muchos americanos. Martí lo comprendió al lanzarse a la lucha. Ya en Octubre de 1880 escribe a un amigo desde Nueva York:

«Hombres como Ud. y como yo hemos de querer para nuestra tierra una redención radical y solemne, impuesta, si es necesario, y si es posible, hoy, mañana o siempre, por la fuerza; pero inspirada en propósitos grandiosos, suficientes a reconstruir el país que nos proponemos destruir.»

Con cuanta razón dice pues tres lustros más tarde Charles A. Dana en la muerte de Martí: «De tales héroes no hay muchos en el mundo.»

Desgraciadamente, ningún crítico norteamericano ha estudiado aun la enorme obra literaria de Martí sobre los hombres y las instituciones de los Estados Unidos.

Entre nosotros se le viene admirando si no como profeta, como poeta en el más amplio sentido de la palabra, desde la época de sus geniales correspondencias a *La Nación* de Buenos Aires.

Al año siguiente de la muerte de Martí, un fino letrado argentino de Córdoba, Carlos Romagosa, no trepida en calificarlo, en un homenaje a Rubén Darío, de «la personalidad más original que ha dado la América.»

No es difícil descubrir la influencia de Martí en el verso y la prosa del mejor Lugones.

Y al cabo de medio siglo, su verbo encuentra todavía eco en un poeta revolucionario como Luis Franco.

## Julio Barrenechea: el poeta

Si hurgamos en la trama familiar de Julio Barrenechea buscando esos trazos biológicos y hereditarios que determinan un temperamento y un potencial poético, nos hallamos sorpresivamente, casi a boca de jarro, con la figura de su padre, don Julio César Barrenechea Contreras, poeta también de limpia y fina arquitectura, de suave melancolía epigramática, un tiempo periodista y animador de la crónica de *El Mercurio*, con veleidades románticas por la política, buen orador de sobremesa y dotado de un amor a la vida que le da el ocio de su imaginación y una naturaleza ardiente, alegre y apasionada. Y es tan urgente su necesidad de vivir que se olvida de publicar un libro, y queda inédito.

Este don Julio César que hacia el final de su vida deriva su interés a esporádicos negocios madereros en el sur, casa en Collipulli con la madre del poeta, doña Claudina Pino; aunque se ha hecho un hombre serio que negocia con habilidad, no deja de recalar en Santiago en las peñas que frecuenta el contingente licenciado del *Ateneo*, y muere en olor de poesía rodeado de sus amigos dilectos: don Samuel Lillo, don Evaristo Molina y el locuaz Andrés Silva Humeres, todos funcionarios y poetas.

Julio Barrenechea Pino, pues, este que hemos visto crecer en poesía y en política en los últimos tres lustros, nace el 13 de Marzo de 1913, y era a la muerte de su padre todavía un niño de ojos negros siempre abiertos, entre medrosos y atentos, que aprende en la tertulia familiar una lección de amor al arte, a la poesía y una exuberante pasión por la vida.

Habitaba siempre (él nos lo ha dicho) grandes casonas viejas con naranjos y alicantos que crecían en patios empedrados con piedra de huevillo, casas de viejos y leñosos parrones propicios a los ágapes paternos, en barrios viejos de Santiago; casas con aldabones, con cielos por donde cruzan a veces esas palomas del vecino campanario que traen la desgracia y la eucaristía a los tejados. Su madre cuidaba de una prole que aumentaba de año en año y era experta en

todas esas pequeñas artes de Juno, que van de la fabricación de la mistela y el ponche a las tortas de manzana y la sopa de almejas, y que saben del secreto de un buen condimento y de un emplasto sencillo, botánico e hipocrático. El niño se educa en una escuela pública de barrio y va a esa escuela donde todos hemos ido a jugar los mismos juegos de la infancia, y hemos perseguido las primeras sombras femeninas de la niñez y de la adolescencia.

Anda siempre también este niño cerca de las alacenas de la casa, llenas de «recados frutales» del sur, adobos y embutidos que trae de sus viajes el epicúreo progenitor.

Los inviernos son fríos en esas casas que alegran las frituras de las sopaipillas y en las que, alrededor de un bracero de bronce se ceba el mate dulce o se preparan infusiones de tilo con limón para los niños resfriados. Así se hace más deseable el largo veraneo que empieza entonces, en las viejas familias, en Noviembre; empresa que demanda grandes precauciones y preparativos, porque se hace con traslado de todos y de todo y que es como una emigración al corazón de las mieses y a la pulpa misma de las rojas sandías.

Así el poeta se baña en cada estío y, ocioso, mira campos, cerros, arroyos, en deleitosa holgazanería. No es un buen estudiante en la escuela; pero tiene una memoria prodigiosa para retener imágenes fugaces en el colegio de la naturaleza. Se enamora de las primas de Victoria, de Collipulli, de Buin, a donde van estos gitanos del verano, porque su familia, los Barrenechea, vascos de origen muy reciente, son ahora huasos andariegos que se desperdigan del viejo árbol central de Co-degua hacia todas partes, cultivando heredades y alternando negocios y viajes. Es tan larga y caminante esta familia que hay en ella desde el facultativo al educador, desde el huaso al funcionario, el militar y el fraile; primos de primos lo hacen pariente de Neruda, de Rudecindo Ortega, de Oscar Schnake y de su esposa. En todos estos clanes se mezcla esa antigua raza de Chile que no varía con las vicisitudes de la suerte, ni cambia el terruño porque lo aman en tal forma que el mundo y el paraíso tienen su base en un eje imaginario de la tierra, enclavado en el mismo punto que les mecía la cuna.

Pero el niño es inquieto y se evidencia como poeta ya en el Instituto Nacional. Un día en un certamen literario de la asignatura, el profesor, don Samuel Lillo, le augura una carrera literaria. Pero al llegar a los diecisiete años a la Universidad, se ha hecho ya un poco hombre, ha perdido el padre

e inicia seriamente unos estudios de leyes, en 1927. Y se destaca desde el comienzo como buen estudiante. Su madre ha quedado viuda con cinco hijos. Otro día, en Concepción, se levanta en una mesa inter-universitaria que preside don Enrique Molina, y habla por primera vez en público. La audiencia queda atónita: es un niño con una voz serena y pastosa de hombre y lo que dice lo dice tan lindamente, porque mezcla imágenes, que una atronadora salva de aplausos lo saluda y lo consagra. Allí mismo se dice que es un poeta que tiene un libro inédito. Al salir aquella noche de la comida, Julio ya está consagrado como el líder de su generación.

Ha llegado el año 1930 y publica aquel libro que pergeñaba en escondites y solaces, *El Mitin de las Mariposas*. El libro se edita por suscripción de varios amigos en una imprenta de carteles de teatro, en la calle San Diego. La impresión de este volumen resulta una epopeya. Había que componer e imprimir una página cada día porque la falta de tipos imposibilitaba la composición total. La impresión duró seis meses. El libro sale y tiene un gran triunfo universitario y como ha comenzado a revivir la algarabía juvenil en la Federación de Estudiantes, sus compañeros llevan al compañero poeta a la presidencia del Centro de Derecho y luego a la presidencia de la misma Federación.

Un día de Julio de 1931, los estudiantes se apoderan de la vieja Casa Central de la Universidad, y Barrenechea se queda con ellos expuesto a las balas, manteniendo una resistencia estudiantil a la dictadura de Ibáñez. Los estudiantes viven en aquellos días unas vacaciones gozosas y revolucionarias. En todas partes se les mima y se les acatan deseos, desde ese memorable día del 26 de Julio de 1931. Todos habíamos confiado que de allí el poeta saltaría a la política, pero su porvenir político no viene a capitalizarse hasta 1936, cuando llega a la Cámara de Diputados por la agrupación de Cautín.

¿Qué hace en el intertanto? . . . Termina los estudios de leyes; trabaja asiduamente en la estructuración y en la propaganda del Partido Socialista, nacido en esa escaramuza que es el 4 de Junio de 1932, que da en tierra con el evangélico gobierno de don Juan Esteban Montero.

Los años que vienen son de indecisión, trabajo y pobreza. Fugitivamente ha pasado por uno de esos cargos que crean los sub-secretarios para los poetas que necesitan comer algo o para las niñas que se aburren en las casas y necesitan comprar medias Nylon. Por lo demás está a punto de ca-

sarse y necesita «una situación». . . . Un día, sin embargo, llega frente a la Biblioteca Nacional, piensa en las cosas que suceden en la vieja casa de los libros, donde se apoltronan ensayistas, bibliógrafos y funcionarios, tiene el terror de la inercia funcionaria y burocrática, y resuelve no regresar al *puesto*.

Esta decisión es transcendental en la vida de Barrenechea, que es hombre de decisiones extremas como todos los soñadores. Va corriendo ya el año 1936. Juvenal Hernández, ese espíritu abierto, le acoge en la Universidad junto a Max Jara y allí en el entresuelo de una oficina, donde hay un escritorio tan grande y viejo como un *himmelbett*, se da hora y tregua para terminar su segundo libro, *Espejo del sueño*. Le recuerdo entonces, siempre bajando de ese entresuelo lleno de archivos, con una estantería ojival, donde duermen decretos, providencias y oficios, con un poema nuevo en la mano, que nos lee a hurtadillas detrás de las puertas o en la frescura de un patiecillo interior de la Casa de Bello, mientras suspira una fuente con un amorcillo.

Pero un día en que ha entrado con un paso presuroso y cansado a la Universidad, ese andar de los funcionarios que se va pareciendo cada vez más al de los camareros, alguien le detiene en la mitad de un pasillo y le anuncia que el Partido Socialista lo presenta como diputado por la agrupación de Cautín.

Barrenechea no indaga más y corre al terreno de la lucha. ¿Qué lleva para hacer frente a una Derecha fortalecida en el Gobierno? Nada, casi nada, esperanzas, esperanzas. . . . y ¡quinientos pesos para financiar la campaña! . . . Sin embargo Barrenechea está encarando su propio destino y mueve la mejor utilería de su oratoria lírica. Como no dispone de los automóviles semi-fiscales que poseen los candidatos de la Derecha gobiernista, unos parientes campesinos (esos mismos Barrenecheas andariegos que brotan allá también), le facilitan caballos y carricoches con los cuales recorre el campo, el área rural de su electorado. Un día, en una arenga, el caballo que monta le sirve de tribuna, mientras cae la lluvia. Llega el día de la elección, que ha decidido pasar en el terreno, en la ciudad de Temuco. Y allí sufre la primera desilusión. Sus pasos lo han llevado en la mañana a un teatro donde unos huasos ostentosos y bien montados penetran a caballo dentro del recinto, asilo de una secretaría de la Derecha, repartiendo billetes a un electorado manso y ya semi ebrio. Hay un co-

hecho desenfrenado a base de *chuíco* y billetes azules de cinco pesos. El poeta, ante el espectáculo de una ciudadanía pas-teurizada por el alcohol y la eucaristía, se ve perdido y siente que su destino es hacer versos definitivamente.

Solo, pues, regresa al hotel y traga un almuerzo triste en la soledad (no ha visto en la calle un solo elector); se echa a la cama y hace lo mejor que podía hacer: dormir una siesta. ¿Para qué luchar contra semejantes poderes de la venalidad y el fraude? A las cinco de la tarde baja al gran hall, donde una radio grita los primeros cómputos de la elección ante una concurrencia de faltos y agentes viajeros indiferentes. Tiene que verse con amigos y quiere saber algo del resultado. De pronto su corazón da un vuelco. Ha oído distintamente al locutor que dice:

— . . . . y en la ciudad de Temuco, el socialista Barrenechea ha obtenido la primera mayoría.

Luego una cifra de votos que corresponde a la cifra reparadora. Está elegido.

En la Cámara Barrenechea tiene un destino bien seguro. Se impone inmediatamente con su palabra. Su actuación, sus merecimientos, su devoción a la causa de su partido lo llevan nuevamente a la Cámara en 1941, fecha de la publicación de su tercer libro, *Rumor del Mundo*, y termina su segundo período en la vice-presidencia de esta corporación.

\*

Si mucho de todo arte poético se basa en un principio activo cualesquiera, el otro hallazgo del talento de Barrenechea lo constituye, precisamente, el descubrimiento del sujeto transmutable en poesía. Este sujeto es siempre simple, cotidiano, porque Barrenechea es el poeta de las cosas simples del día y de la noche andariega. Sujeto y realización le son propios porque busca en la naturaleza, en el sentimiento, lo que puede coger su estilo, lo que cruza la puerta de su poesía como entrando a su propia casa. El problema de su arte no ha sido, pues, el fenómeno de la formación trabajosa de un idioma porque (e invocamos a Neruda) su verso «cae al alma como al pasto el rocío», provisto de antemano de musicalidad y ritmo que hereda como un seguro delphinado. Su evolución se ve en la virilidad y la madurez de una temática

que enriquece la gozosa tarea de juntar mayor caudal de imágenes y obligar a su instrumento a tentar sonoridades y cadencias más profundas.

Su personalidad se destaca cada vez más segura, armada y defendida contra influencias, con un sello tan específico como firme. Barrenechea es el valor más estimado y aceptado de una generación — la de 1930 —, una generación de poetas que nacieron al grito de enjugar las lágrimas a la poesía. Tropel dichoso de jóvenes que aun cuando conservan cada uno una individualidad liberada, se asocian tácitamente para dar al sentimiento de su poesía el ropaje brillante y feliz de una imagería novedosa. Y que con un idioma distinto y claro, despreciando el simple oropel del léxico, buscan en las usuales palabras, las más sencillas, las más necesarias, una acepción inédita — inventada, imprevista o relegada — para conseguir en el contraste con un significado tradicional y sancionado, la alegría de un descubrimiento o de un renacimiento potencial del lenguaje.

*Julio Barrenechea*

## Mi ciudad

*Don Pedro de Valdivia sobre el Huelén parado  
con su coraza deja al valle iluminado.*

*Las rayas de su mano tendida sobre el valle  
dan en tierra un reflejo de plazas y de calles.*

*Y a la sombra plateada de la fresca armadura  
va surgiendo Santiago de Nueva Extremadura.*

\*

*Ciudad así nacida, criada por los cerros  
en tí gastó la cumbre sus mayores desvelos.*

*El sol te dió el calor de sus vinos eternos.  
La nieve te dió toda la leche del invierno.*

*Y has crecido en el valle con el pecho partido  
por la herida entonada del río sometido.*

\*

*Te recuerdo como eras cuando no te vivimos,  
hoy que miro hacia el cielo tus inversos abismos.*

*Te recuerdo dotada de silencio y cautela  
con tus arpas perdidas y tu llanto de velas.*

*Siento un vago rumor de fugitivas sedas  
y un latido en la sombra al tiempo de la queda.*

*Veo la vida lenta de las familias muertas  
ir por los grandes patios tras de las grandes puertas.*

*Y pasar a la misa el perfil de la dueña  
con su esclavo pequeño de carbón y de perla.*

*Siento que desde el tiempo como el más fino vaho  
trae el viento los leves compases del sarao.*

*Y diamante del pueblo, que no concluye y sigue,  
en su embozo de luces, pasa Manuel Rodríguez.*

\*

*Miro el movimiento de tu ser inmóvil.  
Los altos edificios  
surtos en las celestes bahías de tu cielo.  
Tus esquinas  
saliéndome al encuentro como proas.  
El viaje de tus torres cuando pasan las nubes.  
Y tu luna, desde el tranvía en marcha  
saltando en los tejados.*

*Amo todas tus calles.  
Mi corazón como una yedra corre  
por todas tus murallas.  
Ciudad en el silencio,  
sorpresa de plazuelas solitarias.*

*Ciudad de los mendigos y los ciegos que cantan  
dibujados al sol con sus guitarras.*

*Ciudad desde los cerros  
juntando a la distancia el duro piño  
de poblaciones blancas.  
Ciudad de fondo añejo como un vino  
en el tonel del tiempo.*

*Yo amo los rasgos de tu piel antigua,  
amo tu rojo templo.  
Templo de San Francisco, templo de dura sangre  
yo te defendería como a un padre,  
yo te defendería desde tus pies floridos  
hasta tu torre alzada como un faro  
ante el oleaje de los cerros fríos.*

*Y amo los rasgos de tu rostro nuevo  
ciudad central  
escrita de luz por los letreros.*

*La aldea grande se escurrió en tus dedos  
y un pedazo del mundo está en tus calles  
con sus dolores y con sus deseos.  
Santiago de hoy, otro color te habita,  
otras ropas y rostros y otras voces  
llegadas desde tierras doloridas.  
Tu les das de tu vida, ciudad mía,  
y el corazón amante te venera  
porque un trozo de Europa ensombrecida  
vuelve a tomar el sol en tus aceras.*

\*

*Antes que la mañana abra sus altas calles  
de almacenes azules  
avanzan por la sombra las carretas que vienen a tus ferias.*

*Desbordantes carretas como cartas del campo,  
con sus frescas noticias de verdura.  
Escritas por los huertos y las chacras,  
por las tierras rurales,  
hacendosas parientes cuyas manos  
tejen la agraria y perfumada manta.*

*Allí palabras que la tierra entrega  
desde un abecedario de raíces.  
Allí sonrisas que el maizal envía  
en choclos entreabiertos y felices.*

*Allí la multitud de la cebolla.  
Allí las zanahorias digitales.  
Allí la coliflor y su cerebro.  
Allí un olor de joyas vegetales.*

*Trayendo al campo como un fresco envío,  
avanzan las carretas,  
de la sombra rural hasta el rocío.*

\*

*Amo tus verdes áreas, ciudad mía,  
a tu Quinta Normal, como una niña  
viendo pasar los trenes  
con los ojos sencillos de sus viñas.*

*Tu Parque Forestal, como un bohemio  
envuelto en sus follajes, solitario,  
apoyado en las noches junto al río.*

*Y tu Parque Cousiño  
donde educa a los árboles el viento,  
y a mediodía el sol cabe en tu elipse, entero,  
descansando del cielo.*

\*

*Y amo tus viejas calles,  
las calles que me llaman.  
Siento a veces  
junto a mi corazón manos extrañas  
que recogen mi sangre como una cuerda roja  
y que me arrastran.  
Yo me dejo llevar hasta mi infancia  
y estoy en la vereda frente al fuego  
del árbol de bengala.  
Y camino temblando tiempo abajo,  
y estoy frente a una casa  
sin ventanas, sin puertas y sin casa,  
donde sólo la sombra es su mampara.  
Y allí siento un sollozo azul y veo  
que hay un niño llorando con mis lágrimas.*

\*

*Te miro en todas partes ciudad mía.  
Te miro en los bazares, colorida.  
En veintiuno de Mayo, los botones sin fin.  
Ah! si como a las flores les llegara la vida  
y abrieran sus botones la galalita y el marfil.*

*Cantas, ciudad criada por los cerros,  
cuando por los duraznos de flor tu piel es suave,  
o cuando de tus lilas surge un perdido vuelo  
y el olvido no tiene sitio para tu cielo.  
Cantas, cuando violentas  
resuenan tus pasiones en el río crecido  
de agua oscura y rugiente, como sacos deshechos  
sobre el cuerpo aterido del invierno acostado en tu lecho.*

*Cantas ciudad y te amo.  
A mí te acercaría toda entera,  
y a cada sitio tuyo lo besara  
y cada sitio una canción me diera.  
Te amo, te amo ciudad, te amo y por eso  
me duele tu miseria.*

*Antigua tinta de tus barrios pobres,  
las puertas inclinadas, sujetas a los muros,  
ebrias como los hombres,  
y las aceras arruinadas  
como la ropa de la gente pobre.  
El agua errante de los conventillos  
azulando las manos laboriosas  
de mujeres sufridas y calladas.  
El viento en la calzada, jugueteando  
con papeles, con hojas y con niños.  
Y los viejos maestros zapateros  
que llaman a la muerte  
tocando el aldabón de sus martillos.*

\*

*Y cuando tu mañana abre su mano  
suelta junto a la luz la más triste bandada,  
la bandada sin alas, la sombría bandada de los vagos.  
¿Qué hacen? ¿de dónde vienen? sólo quieren dormir...  
Ir por el día hasta juntar el sueño de la noche.  
Dormir por no estar muertos.*

*Avenida Portales  
toda llena de la pobre bandada.*

*Tras el último vago cierra la hospedería,  
mientras cantan los pájaros arriba,  
y en las blancas botellas de leche llega el día.*

\*

*Vives en mí, ciudad, y así te llevo  
con tu vasto oropel y tu miseria,  
con tus puentes tendidos en mi pecho  
y tu sangre cantando en mis arterias.*



*Con tus mercados y tus pordioseros,  
con tus barriales y con tus lagunas,  
con tus tabernas y tus soles ebrios,  
con tus claros negocios y tus lunas.  
Con tus hornos y prensas matinales,  
con alimento de papel y trigo,  
con tu plaza cantando y tus portales  
fiesta de día y por la noche abrigo.*

*Con toda tu marea, con tu ser  
anónimo golpeado, tumultuoso.  
Con tu noche de rápida mujer  
perdida entre los pliegues del rebozo.  
Con banderas de mítines del pueblo,  
y con jazmín de procesiones blancas,  
y el recuerdo de cosas que pasaron,  
antiguas pascuas de clavel y albahaca.*

*Así vives en mí y así te llevo.  
Oh ciudad, compañera de mi vida  
recorrida y marcada por mi sueño,  
por mi amor, mi dolor y mi alegría.*

\*

*Y cual radiante capitán, el día  
entre la floración de las campanas,  
trepa a tu verde cerro, ciudad mía,  
y te funda en su luz cada mañana.*

## Presentación de Euclides Guzmán

Leí que los albañiles solicitaban la repetición de un curso. Sentí curiosidad. Aseguraban que les sería muy provechoso. Entonces escribí unas líneas al director de la Escuela Nocturna para Obreros de la Construcción cuyo nombre ignoraba.

Pensé que si a los universitarios les cogía el deseo de hacer algo por sus semejantes — enseñar, por ejemplo, parte de lo que saben — Chile, a su debido tiempo, podía convertirse en un conglomerado muy parejo.

En una de las visitas que me hizo Jedlicki le acompañaba un muchacho alto, corpulento, de rostro redondo, algo pecoso, muy plácido, con el aire de venir llegando del campo. Era Euclides Guzmán, director de la Escuela.

No sé si le gusta oír, pero escucha con valor cuanto uno discurre. Su mirada es casi de asombro y una sonrisa benigna y cortés no se va de sus labios. Aunque pase el tiempo no da señales de abatimiento y en su faz plácida no se advierte ninguna alteración.

Me gustó, pero lo encontré reservado en extremo. Luego recordé que estuve hablando, seguidamente, casi una hora. El se despidió poco después. Alejóse a grandes pasos, como si tuviera el propósito de cubrir una distancia enorme.

En otra visita comprobé que habla poco, no alza la voz, afirma con suma prudencia y suele valerse de frases interrogativas para atenuar sus aseveraciones. Sólo dice lo pertinente. Su tono es cordial y espontáneo. Es muy raro que aluda a hechos de su propia vida.

Con dificultad supe de la terminación de sus estudios, porque es muy parco. Otro día afortunado me impuse de que dirigía la escuela ya nombrada. De repente, al término de un encuentro, vine a saber que es el menor de diez hermanos. Ocasionalmente adquirí la noción de que es autor de varios ensayos. Y en una comida, a la que asistí invitado por Jedlicki, su gran amigo, me enteré de sus cuentos. Guzmán se sonrojó y puso una cara como para significar que todos los seres tienen sus defectos. Por mucho que se le interrogue, cuando

uno queda solo, y hace el recuento, advierte que no dijo tal o cual cosa necesaria.

Por su espíritu curioso, columbro que disfruta hasta la locura con placeres que no cuestan un centavo: oír, mirar, fantasear.

Nació en Santiago el 14 de Mayo de 1916. En la Escuela del Carrascal, barrio donde su familia posee un poco de tierra, inició sus estudios. El primer año de humanidades lo cursó en el Instituto Inglés. Los siguientes en el Liceo Lastarria. Además, fué inspector de éste entre 1933 y 1939. Era bueno para dibujar.

Cuando ocurre así los parientes procuran que el agraciado no sea pintor, porque existe el prejuicio de que los pintores no comen con frecuencia, no pueden vivir decentemente y, por lo triste que es su vida, terminan por embriagarse, y suelen morir, al amanecer, en hórrida taberna. Entonces queda la disyuntiva de ser profesor de dibujo o arquitecto.

El tomó el camino de la arquitectura porque en su familia hay tradición constructora. Su abuelo, don Manuel María Guzmán, compadre de Vicuña Mackenna por simpatía, profesor de historia en Valparaíso por oficio y constructor por vocación, trabajó en las obras del Cerro Santa Lucía.

Euclides Guzmán principió a leer, mientras cursaba las humanidades, a los autores chilenos. Luego espigó en todas partes. Ha leído mucho a rusos y norteamericanos, pero el libro que ha releído alrededor de quince veces, es *La Vorágine* de José Eustasio Rivera. Y un día de 1931 empezó a escribir. . . . Conserva inéditos ensayos y cuentos, y no sería raro que también versos. En este caso también la vocación tiene sus raíces cercanas. Su padre, don Alberto Guzmán Silva, jefe jubilado de la imprenta de los ferrocarriles, ha publicado *Lexicología*, una *Gramática Castellana* y dos novelas: *Gusano de Oro* y *Laura Despret*, que firmó con el pseudónimo de León Bital. Ha cumplido setenta años y trabaja en otra obra: *Taxotecnia*.

Hay en los cuentos de Euclides Guzmán un tono natural, sensible, tierno. A cuanto ve logra darle ese relieve de lo visto por primera vez. Nunca sale de sí mismo, nunca da una nota impropia. Si se deja llevar, si no lo evita en su hora, puede ocurrirle que sea un autor muy bueno.

## Carta acerca de una muchacha

Si te escribo aquí, querido amigo, sobre este papel blanco, tú puedes leer, es claro, las palabras que te ponga. Pero no entenderías nada. Tú trabajas en la mina, en la tierra, y cuando almuerzas, es seguro que te lavas las manos. Sin embargo, por muy minuciosamente que lo hagas, siempre te quedará entre las pequeñas grietas de la epidermis el polvo finísimo de la mina, de la tierra. Y como tú no lo ves, porque nunca miras con el microscopio, no dirás nada y el polvo no será comprendido. Yo no puedo ponerte mis emociones entre las vueltas de las letras que escribo ni puedo saber, por ejemplo, en qué parte de ellas cabe una *a*, y sobre todo, no hallaría qué hacer con los signos de puntuación. Cuando tú vas a la montaña y caminas por un sendero señalado en la tierra ¿nunca te ha ocurrido querer aventurar fuera de él? ¿Nunca abandonar la cara pálida de tu destino y salir un poco a las estrellas? La gente acondiciona su vida al sendero de las palabras y camina en él sin inquietudes. No siente ni piensa nada que no pueda estar en ellas. Pero las palabras, querido amigo, son tan angostas y tan llenas de polvo. Yo podría intentar usarlas, por supuesto. Podría decirte, por ejemplo, que te quiero contar de un amor recién nacido. Pero sé que no entenderías nada. Porque no basta que tú hayas estado una o más veces enamorado; no basta que saques tus ojos y pongas en su lugar los de tu amada, para mirar por ellos. Ni basta que sueñes y olvides después cada mañana, o anheles, por ejemplo, seguir a la noche en su vagabundeo por los continentes. Nada es bastante para aproximarse sólo a la comprensión. Hay en este caso nuestro, todavía, algunas condiciones casi indispensables: Es preciso vivir un poco alucinado y también un poco enfermo. Además, puedo asegurarte que el lenguaje está siempre maleado porque cada cual pregona su propia ignorancia y deja sus más puras vivencias para el soliloquio. Así la expresión es más desesperada y numerosa mientras más inquietantes son las dudas.

Yo, por ejemplo, como arquitecto, estoy en condiciones de decirte que serlo consiste, en último término, en saber ignorar ordenadamente todo cuanto concierne a la arquitectura. Y porque sé esto, es decir, porque sé demasiado, es que no proyecto ni construyo nada. No sé cómo decirlo, pero, desde luego, estarás de acuerdo conmigo en que un arquitecto debería saber construir para el hombre, con barro tibio, un refugio como el claustro materno. Para el supremo reposo del hombre. Sin ventanas, oscuro y tibio. Donde pudiera dormirse tranquilamente, para siempre, sin pensar en nada. ¿Crees que esto puede lograrse si existe, pongamos por caso, la luz fluorescente? Ella no puede usarse en un hogar, porque cuando tú la enciendes, el concepto de madre desaparece. El sol mismo arrinconca las inquietudes y prolonga un resabio de espectáculo recién terminado. Sin embargo, los arquitectos no saben esto, y por eso pueden proyectar y construir. Y los moradores de las casas reciben complacidos la luz del sol y vagan por las estancias amplias, pero no saben que lo que les falta es eso, poder volver a la madre.

Todo es siempre lo mismo. Y así tú también, cuando te pongo palabras sobre el papel blanco, no puedes saber con exactitud lo que te digo. Pero no importa. Lo intentaré de todos modos, como algo necesario. Cualquier cosa que te imagines frente a estos signos mágicos, será menos inquietante que el silencio. Y así ya no estaré tan solo.

\*

Se trata de una muchacha de quince años, normalmente desarrollada, morena, de ojos claros y suaves, que pueden mirarse hasta el fondo, tranquilamente, agradablemente. Con el natural desasosiego del misterio no descifrado, conserva aun una intrascendencia infantil.

Lo que quiero relatarte no tiene nada de extraordinario. Es sólo algo simple, algo cotidiano y simple. A veces, en pleno día, los ojos miran como si fuera de noche y la visión florece en ansia de ternura.

Pero es bueno comenzar por el principio, aunque lo que vaya a decirte no sea nada extraordinario. Un día cualquiera, se instaló en el edificio en que está nuestra oficina, en el piso inmediatamente inferior al nuestro, que es el quinto, y dando al mismo patio de luz, un pequeño casino que, por

medio de tarjetas profusamente repartidas, nos hizo saber que podíamos pedir ahí todo cuanto puede pedirse en un casino. Me habría dejado indiferente este cambio, si no ocurre que, al día siguiente, al abrir mi oficina, hallé en su interior un marcado y desagradable olor a comida, proporcionado por el nuevo servicio, sin duda a todos los que teníamos ventana al mismo patio de luz y desde el quinto hasta el último piso del edificio. Inconveniente tanto más desagradable para mí, que no pensé en ningún momento servirme del nuevo casino. Me hice así el propósito de reclamar con energía a la administración, que vela muy poco por nuestra comodidad. Incluso quise hacerlo en el acto, pero no pude hallar en la guía telefónica el número apropiado y decidí pasar personalmente, la primera vez que bajara. Cosa que tampoco hice, porque al cabo de un rato, el olor había sido olvidado, tal vez por acostumbriamiento. Sólo volvía a ser notado, en efecto, cada vez que abría de nuevo la oficina. Lo que servía para reprocharme mi mala memoria y ensayar nuevas búsquedas infructuosas en la guía de teléfonos.

Del casino, además del olor a comida, salen muchachas llevando en una bandeja sandwiches, frutas y refrescos que ofrecen en las distintas oficinas. Fué así cómo una mañana —una mañana cualquiera— tras unos golpes tímidos en la puerta, apareció por primera vez ante mí una muchacha —una muchacha cualquiera—, que pronto fué definiéndose, aislándose, hasta llegar a ser la muchacha de quince años, morena, de ojos claros y suaves, que pueden mirarse hasta el fondo, tranquilamente, agradablemente. Que hizo, entre otras cosas, postergar por tiempo indefinido nuestra queja a la administración.

Yo, como tú, querido amigo, he visto incontables muchachas con una bandeja conteniendo las cosas más variadas, pero esta es diferente de todas. Sé que tú pensarás que siempre se dice así. Que siempre se halla a nuestra heroína distinta del resto de las gentes. ¿Pero qué de extraño tiene eso? Soy yo quien abro los ojos y veo lo que miro. Y lo veo así para mí. Si lo que te digo no fuere así, no estaría ahora escribiéndote en este papel blanco. Con una luz pequeñita en medio de la oscuridad, para no dejar escapar mis pensamientos.

Lo mejor es que no avances tus juicios antes de imponerte de lo que te quiero comunicar.

Bueno. Ella venía después diariamente a mi oficina y con una confianza que tácitamente se tomó, hojeaba revistas, hurgaba papeles, preguntaba cosas con infantil curiosidad y escribía su nombre — Eliana — en cuanto espacio hallaba apropiado para ello. Algo que la entretenía muy especialmente era la máquina de escribir, donde colocaba un papel y estaba largos ratos completando una frase cualquiera, con letras buscadas una a una.

Y era en realidad una verdadera alegría la cálida presencia de la muchacha, que quedaba a veces, con su perfil tranquilo, mirando largo rato la lejanía. En el momento más inesperado, reparaba bruscamente en sus ingratos deberes y, tomando su pequeña bandeja que dejaba en cualquier sitio, desaparecía, muchas veces sin que uno alcanzara a darse cuenta. Sólo que las páginas sin vida de las revistas abiertas sobre el escritorio parecían entonces despojos de una batalla perdida.

\*

Cuando llegaba ella a la oficina, no podría haber sido tratada como una muchacha cualquiera. Aunque hubiese otras personas, se le ofrecía asiento en sus sitios favoritos, que aceptaba naturalmente, como consciente de merecerlos. Esta confianza tranquila — que no podía ser común a las doscientas oficinas del edificio, cosa fácil de suponer por el tiempo que permanecía en la nuestra — se debió sin duda a cosas muy simples. Por ejemplo, tenía yo en mi oficina, desde algún tiempo, un pequeño automóvil de bakelita, muy bonito, con líneas aerodinámicas, y que había ofrecido a la hijita, de cinco años de edad, de un amigo que tiene oficina en el segundo piso del mismo edificio. Para entregárselo, le puse la condición de que lo retirase ella misma, condición que no había sido cumplida hasta ahora. Un día sábado, cuando aun no sabía su nombre, vino Eliana a mi oficina y mientras atendía yo a algunas personas, descubrió el pequeño automóvil y vi que con el rostro iluminado de alegría, lo hacía rodar sobre la mesa. Y antes de decidir si se lo obsequiaría o no, ella ya me lo había solicitado. Naturalmente que se lo dí y esto no tendría ninguna importancia si yo no hubiese dicho más de lo que debía decir y, sobre todo, si no hubiese empleado un tono absurdo. Porque lo que dije no tiene de particular sino que para mí era desacostumbrado. Lo grave en realidad fué el tono. Cuando Eliana me pidió el

automóvil, le expliqué que lo había ya prometido a una muchachita muy bonita, pero que de todos modos se lo daba. Me preguntó que qué diría yo entonces a la hijita de mi amigo.

— Le diré — respondí — que lo he obsequiado a una muchacha todavía mucho más bonita.

En realidad, yo pensé que cualquiera que no fuese yo mismo, podría decir en ese caso una galantería trivial, como ésa. Y al ordenar la frase en mi imaginación, me dí cuenta que la estaba diciendo. Esto me hizo titubear y detenerme un poco en mitad de ella. Detalle en que estuvo lo realmente grave. Porque la voz me salió ajena y ridícula. Lo curioso es que esto no me importó tanto por ella, sino por los demás que estaban en la oficina y que tal vez me escuchaban. En ella, en ella ví por primera vez lo lindos que se le ponían los ojos cuando reía.

¿Tendré que relatarte todavía otros detalles previos? Pero ya sé que tú has puesto desde luego un nombre a mis sentimientos hacia esta muchacha. Y es por eso que prefería más bien no contarte nada. Cuando uno cuenta algo, la gente se afana en buscarle un nombre, y una vez que lo encuentra, deja de pensar. Y mueve la cabeza con aire de inteligencia. Pero no, estimado amigo, no es lo que tú crees. Es imposible que ninguna palabra tenga el exacto tamaño de lo que quiero relatarte. Tendrían que haber infinitas palabras. Una para cada caso. Yo tomaría una de entre todas ellas, buscaría entre el número infinito, y la apropiada la escribiría en el medio de esta hoja. Y ahí sola, en el medio, significaría todo lo que quiero relatarte, todo lo que no logro decir con todas las palabras del mundo.

Eso, digo, sería si para cada emoción las palabras fueran infinitas. Pero el lenguaje es estrecho y lleno de polvo. Por ejemplo, mi amigo del segundo piso dice que la Eliana huele a comida y que no tiene tino. ¿Cómo quieren qué entienda? Le nombran a uno un cuchillo y es como si le hablaran en otro idioma. Que no tiene tino. ¿Y los ojos, digo yo? ¿Acaso los ojos no se toman en cuenta?

Lo que yo tuve frente a esta muchacha, para que lo sepas desde luego, fué una idea tan hermosa, que nunca me conformaré de no haberla realizado. Era casi lo que podríamos llamar un experimento, un experimento fascinante para todo espíritu realizador. Pensé construir con ella una mujer, como Pigmalión. Tomar la materia virgen, buena en este caso como arcilla recién modelada e ir buscando lo mejor de

cada cosa, para juntarla allí y crear una mujer nuestra, como una hija que hubiésemos podido escoger entre todas las hijas. La naturaleza olvida a veces toda impureza y se muestra como recién nacida. Esta muchacha crecía blandamente como una pequeña flor ignorada en medio de la huerta.

Comprendí en todo momento que la tarea era especialmente difícil. En cuanto la materia se da cuenta de que la están modelando, apela a todos sus recursos cósmicos a fin de no entregar su inmortalidad. Y a veces enloquece al artífice. Por eso, lo fundamental en nuestro caso, era que la muchacha no se diese cuenta de nuestro propósito, a la vez que debía mantenerse la temperatura de su confianza. Esta preocupación presidió la realización de mi experimento, si es que ya puedo llamarlo así.

Ahora. Ahora sólo resta buscar el detalle que nos obligó a quedarnos con la cara pálida de nuestro destino.

\*

Tendré que relatarte todo, detalladamente. . . .

Un día sábado, después de una mañana abrumadora, salíamos a almorzar con mi amigo del segundo piso, cuando vimos a unos cuantos pasos delante de nosotros a Eliana, que también abandonaba sus labores. La llamamos y la invitamos a almorzar. Como se veía que ella tenía ganas de aceptar y sólo vacilaba por temor a lo desconocido, la dejamos elegir el sitio, y fué así como entramos a un restaurante de la calle Ahumada.

Parece que por primera vez se veía servida en un lugar de cierta categoría y la asustaron los precios de la lista. Cuando le dijimos que podía pedir lo que quisiese, pidió con gran alegría los platos más extraños para ella, que luego no fué capaz de comer. Le pareció especialmente maravilloso poder pedir postres a su antojo y como no lograra decidirse entre dos de la lista, le pedimos los dos, con regocijo de su parte. Creyó sin duda en un comienzo que nuestra charla no estaría a su alcance y esperaba algo cohibida. Pero cuando le hablamos de las cosas de su propio mundo, pronto fué tomando confianza y charló con animación. Ante algunas ingenuas bromas de mi amigo, rió largamente con risa incontenible. Echaba la cabeza hacia atrás y le vibraba la garganta redonda. Observé que esa risa sólo la había visto en los niños y más que eso, en niños de mi familia, en mi pequeña sobrinita de

dos años. Cuando la levanto en alto y la lanzo un poco hacia arriba, por ejemplo, ríe con esa misma risa sana. Y me dice siempre: «¡Más! «Más!» Tengo que repetirlo hasta que me canso y cuando se lo explico y la dejo en el suelo, queda un rato en silencio, como sin comprender. . . .

Invité a Eliana a ir al cine después del almuerzo — mi amigo debía salir a otra parte — y después de algunas negativas, me dijo que tenía algo que hacer en su casa, pero que podía volver como a las siete. Pensé que se haría bastante tarde, pero no dije nada y quedé de esperarla a esa hora en mi oficina.

Estaba yo de buen humor y veía que podría realizar mi experimento. A Eliana le gusta bastante leer, lo que facilita su cultivo, empleando cierto método. Podría poco a poco llevarse a conciertos, al teatro, etc., y sobre todo, enseñarle, enseñarle tantas cosas bellas. Todos tenemos una inclinación a enseñar y sin duda nunca es más hermoso hacerlo que cuando ponemos lo nuestro en algo que estamos contribuyendo a realizar para nosotros mismos. Nuestra vida no ya tan sola, sino que prolongada en otra vida que hemos abierto a lo maravilloso.

Trabajé en la tarde en mi oficina, donde me sirve de ayudante un ex obrero de la construcción. Unos cuarenta minutos antes de las siete, empecé a impacientarme porque mi ayudante, en apariencia deliberadamente, no se iba, como en los demás días. Revolvía papeles sin necesidad y conversaba y conversaba, también sin necesidad. Hasta que le dije que se fuera, porque yo tenía algo que hacer. Salió a lavarse las manos, con su rostro ancho lleno de maliciosa sonrisa, dejando la puerta ertreabierta. En ese momento, media hora antes de lo convenido, apareció Eliana. Venía exageradamente bonita, vestida toda entera de blanco, como una aparición. Me di cuenta de que su ida a la casa fué para ponerse ese traje, tal vez con el fin de impresionarme. Una pequeña flor roja que se puso en el pecho, resaltaba demasiado. Pero en general parecía increíble que se viese tan bonita. Cuando la hacía pasar y le indicaba un asiento, no pude evitar que entrara mi ayudante, de vuelta del tocador. Se extrañó un poco al ver a Eliana, a la vez que se notó satisfecho de descubrir el misterio. Y sin quitar la malicia de su cara ancha y tosca — ví en ese momento un trozo de epidermis, con todos los poros, como cuero de cerdo — la saludó en el mismo tono de su cara:

— ¡Señorita Eliana, usted por aquí!

Eliana, que desde un comienzo estubo avergonzada, por su ropa tan diferente de la de los demás días, no halló qué hacer y me dijo, evidentemente sin pensarlo mucho:

— Yo venía a decirle que hoy no puedo salir. . . .

Pensé que yo habría podido preguntarle si para decirme eso se puso un traje tan bonito y este torpe pensamiento no sé por qué me hizo gracia e impidió que compadeciera la situación de la muchacha.

— De todos modos, tenemos que bajar—dije, invitando a salir.

No estaba molesto de que el encuentro se hubiese malogrado, tal vez porque habría tenido que acostumbrarme a esta Eliana de hoy, vestida de blanco. Además yo no tenía culpa alguna en ello, pues no podía haber previsto su llegada tan anticipada.

En el ascensor, la situación terminó de agravarse. El ascensorista, creyendo que ella iba sola y no acostumbrado a verla en esa forma, la recibió con grandes e impertinentes exclamaciones:

— ¡Eliana! ¡Así tan elegante! No puedo permitir que andes sola así tan elegante y tan bonita—le decía y se ofrecía para acompañarla.

Pensé que yo debía intervenir, pero era difícil hacerlo con dignidad. Además, recién me dí cuenta de que, a pesar de todo, es molesto andar con una dama que es tuteada por los ascensoristas. Y sobre todo, no logré nunca tomar bien en serio la situación. Insisto en que tuvo en ello algo que ver el vestido blanco. Lo penoso es que Eliana empezó a darse cuenta de que estaba vestida con demasiada elegancia para ella y esta atmósfera helada, este desacuerdo con el medio sin duda le produjo la impresión de que nunca podría liberarse, que nunca sería para ella posible usar un vestido como ése. Al llegar abajo, todavía entre las exclamaciones del ascensorista y la malicia ancha de mi ayudante, no pudo más, y diciendo entre dientes que olvidaba no sé qué cosa, desapareció corriendo en dirección al casino. Yo también me fuí, recién impresionado por la angustia de ella y molesto por no haber podido hacer nada.

Esperé con impaciencia la llegada del lunes, para tratar de arreglar la desgraciada impresión de este incidente. Pero a la hora acostumbrada, apareció Eliana con la alegría de todos los días, como si nada hubiese ocurrido. Ensayé de

todos modos encarar el incidente, ya que olvidarlo en forma voluntaria podía ser peor. (Repito que lo que tuve siempre en cuenta fué el experimento. Nunca otra cosa ajena.) Dije entonces, mientras ella hojeaba un número de *Life*:

— Eliana, el sábado te veías muy bonita.

Me miró por sobre la revista y aceptando mi elogio sin emoción alguna, dijo tranquilamente:

— Cuando chica yo era mucho más bonita. . . .

Luego me relató cómo hacía un año y medio fué candidata a reina del teatro O'Higgins—vivía en San Pablo, al lado de ese teatro— y le hicieron una fotografía «grande, así tan grande». Pero una tía suya, único pariente con quien vivía, la llevó consigo a Talca, teniéndose que retirar del concurso. Después de unos meses la tía murió. Ahora ella vive otra vez en San Pablo, con una amiga.

Solamente, la vida.

\*

La inquietud puebla a veces la mente de fantasmas. Y se piensa, se piensa. Tú también debes saberlo, estimado amigo.

Tener quince años en tranquilo florecer, para una muchacha que sirve con una bandeja en las oficinas de un edificio, es un inconveniente grave. Es lo de siempre, pero hay que repetirlo, porque transcurre repitiéndose. Detrás de la puerta de cada oficina no hay simplemente individuos que achatan la vida frente a los escritorios, sino que son ojos y manos que se alargan como pulpos para atraerla. Cada hombre en cada pasillo, en cada recodo, en cada parte lenta. Ojos alargados y tentáculos pegajosos. En doscientas oficinas, doscientas puertas crispadas. Debe de ser fatigante ir siempre sorteando el acecho, en esguince cansado por repetido, sin poder abandonar su recinto. Sobre todo si se sabe que fatalmente un día, no muy lejano, terminará la lucha en entrega total, a veces en cuanto la realidad promete no repugnar demasiado. Es lo de siempre, pero hay que repetirlo.

Muchas veces llegó Eliana a nuestra oficina, al parecer con el rostro todavía espantado, como buscando a tientas un refugio tranquilo. En un comienzo, cuando se dió cuenta de que su presencia era grata, le extrañó que se le diera algo de buena voluntad, sin pedir nada en cambio. Pronto fué esta una de las razones simples que motivó la confianza que

antes mencioné, razones que tuve hace un rato la intención de enumerarte.

Venía así muy a menudo en el día, a veces corriendo, a que le revisara una suma, a rectificar algún vuelto que acababa de dar o simplemente a pedir lápiz — que perdía con frecuencia — para sacar sus cuentas.

La inquietud, te decía, puebla a veces la mente de fantasmas. Y se mira una vida así, con un equilibrio tan efímero, y se piensan tantas cosas.

¿Cómo puede defenderse una muchacha que prolonga su infancia por no haberla tenido, contra la tentación de los regalos materiales, por ejemplo? Un medio tan usado de seducción. Recuerdo que un día, por no sé qué razones, Eliana se enojó seriamente y tomó su bandeja para irse, diciendo que no volvería más a nuestra oficina. Cuando abrió ya la puerta, fingiendo no haberme dado cuenta de su enojo, le dije de repente:

— Eliana, ¿te gustaría tener un reloj?

— ¡Un reloj! — dijo, y puso la bandeja sobre el escritorio, para admirarse con más comodidad.

Se sentó luego en la silla de enfrente, y con alegría radiante, me dió un dato sugestivo:

— Aquí al lado, donde Sostín, venden unos relojes lindos a plazo. . . .

\*

Te cuento detalles, con toda buena voluntad. En tono menor, para que comprendas. ¿Pero cómo haré para relatarte otras cosas? ¿Para que la resonancia de mis palabras tenga la medida justa? ¿Qué sentirías si te digo que yo siento a veces que el ansia de ternura se proyecta fugazmente hacia la eternidad, en un intento de encontrarse y de seguir, de seguir siempre, sin terminar nunca? Un volver a la madre, al reposo tranquilo y total para siempre.

Tendrías que conocer algunas pequeñas cosas. Tendrías que conocer la fatiga de haber estado interminablemente, por días y días, detrás de una puerta cerrada, aguardando que ella se abriese y surja ante tí la presencia anhelada. Espera fatigante si, sobre todo, no sabes claramente lo que anhelas. Estar aparentando que haces algo, para engañarte, mientras atisbas el más pequeño rumor del otro lado, con todos los sentidos doloridos. Cuando se detienen de pronto

todos los ruidos, tu angustia llega hasta tal punto que sientes el golpeteo del corazón. Sabes que eso no podrá prolongarse un instante más, pero sigues esperando por horas y horas. Alguien golpea a veces en la puerta para decirte cualquier cosa trivial y como tú no estás en tí, tienes que responder con la sonrisa que usa algún conocido tuyo en esos casos. Y empujas al visitante hacia la puerta con fuerza tan poderosa, que él se vuelve asustado, pero como ve en tu cara una sonrisa ajena, no dice nada y se va. Y esperas y esperas. Siempre. . . .

El no saber claramente lo que se desea y el continuo desequilibrio entre lo esperado y lo obtenido, nos distrae el concepto de eternidad. Y se camina por entre las gentes con andar ajeno y mirada vacía.

¿Pero por qué te canso con digresiones absurdas? ¿Acaso no tendré algún otro pedazo de papel para ponerlas? Basta con que me limite aquí a describirte detalles, escuetamente. Tú pensarás lo que desees. Cualquier cosa es menos inquietante que el silencio.

Y perdona.

\*

No es que yo hubiese dado en estos días demasiada importancia a esta muchacha, sino que el experimento a realizar me tomaba a veces con fanatismo de investigador. Solamente eso.

Una tarde en que yo estimaba indispensable para la buena marcha del experimento decirle algunas cosas, noté que no se había aparecido por la oficina, lo que aumentó mi deseo de hablarle. Me asomé por la ventana que da al mismo patio de luz que el casino y ví que éste ya estaba cerrado. Sucede en estos casos que el detalle que no puede realizarse va adquiriendo fuerza en magnitud y aparece como fundamental para el logro de nuestros fines. Dí por terminadas mis labores diarias y salí a la calle, en la esperanza de encontrar a Eliana, que a esa hora supuse se dirigiría a su casa. Sólo sabía que ella vivía en San Pablo, pero el tranvía que va hacia allá puede tomarse en muchas partes. Lo más lógico, partiendo de nuestro edificio, sería tomarlo en San Antonio, pero yo preferí andar por Ahumada, para seguir por Puente y llegar a San Pablo. Allá se toma la góndola que baja por esa calle y además es un camino que me sirve para llegar al paradero del microbús que me lleva a mi casa.

Comencé a buscar entre las gentes que llenan a esa hora las aceras de la calle Ahumada, a comprobar si cada silueta airosa coincidía con la que yo llevaba en los ojos, hasta fatigarme. Ni siquiera sabía el color del vestido que ese día llevaba, lo que me habría facilitado la búsqueda. El que más le conocía era uno color ladrillo, que sólo podía verse al llegar ella en la mañana o al irse en la noche, pues durante el día debía usar el uniforme de las muchachas del casino. Llegué a la Plaza de Armas con los ojos doloridos de tanto mirar inútilmente, pero con un extraño convencimiento de que la muchacha estaba no muy lejos. Seguí por Puente, siempre mirando a cada lado, y antes de llegar a San Pablo, pensé en una zapatería que hay allí en la esquina. Conocía la afición de Eliana por mirar las vitrinas de las zapaterías. Y al dar vuelta la esquina, como algo lógico y necesario, ví que estaba la muchacha mirando la vitrina, exactamente como pensé que debía estarlo. Tardé algunos segundos en darme cuenta de que ello era en realidad extraordinario, ya que nunca antes la había visto en la calle, salvo el día del almuerzo, ni tenía antecedentes de cómo acostumbraba volver a su casa. Me acerqué a la vitrina que ella estaba mirando y me puse a su lado, pensando hacerle una broma. Pero ella se volvió luego, sin asombro alguno, y como si hubiésemos estado allí desde antes, me dijo, señalando la vitrina:

— ¿Cuáles zapatos prefiere de esos dos?

— Los negros. . . . o los otros. ¿Hace mucho rato que estás aquí?

— No. Estoy esperando góndola. . . . Góndola San Pablo. . . .

Después de cambiar algunas frases, pensé invitarla a tomar café por allí cerca para hablarle, pero de pronto partió corriendo para subirse a una góndola que pasaba en ese instante, alcanzando apenas a decir «hasta luego». Era su forma preferida de terminar las entrevistas. Además, ya no era tan urgente lo que tenía que decirle.

\*

Seguramente un detalle fundamental falló en el experimento. Alguna frase que no fué dicha o que lo fué a des-tiempo. Alguna circunstancia ajena no prevista. Tal vez el tiempo, la primavera.

Eliana quiso a veces apurar los acontecimientos, y definir la situación, para ella incierta.

Yo pedía casi diariamente el almuerzo del casino, que ella traía, mientras me acompañaba un rato largo. Se entretenía hojeando revistas, rayando papeles, preguntando las cosas más variadas. Le gustaba especialmente la revista *Life*, con el inconveniente de que pedía demasiado a menudo se le tradujese la leyenda de los grabados. Yo, tal como requería el método del experimento, no debía demostrar demasiado interés en esta compañía de ella y así frecuentemente leía durante el almuerzo algún diario o revista, con indiferencia. Por estas demoras prolongadas en mi oficina — supe después — debía ella soportar toda clase de comentarios y a veces reprimendas, de los que no se imaginan que dentro de un recinto cerrado se haga otra cosa distinta de lo que ellos harían. Un día, con la voz un poco áspera, como cuando se dice algo preparado de antemano, dijo de pronto Eliana, ordenando las cosas para irse:

— ¿Por qué tengo que hacer lo que usted me dice, si no hay nada entre nosotros?

Bajé lentamente la revista que leía y dije con naturalidad:

— ¿Cómo que nada, Eliana? ¿Crees tú que si no me agradara tu compañía iba a soportar esta comida tan mala de tu famoso casino? Siempre dan las mismas cosas. . . .

— Como usted se pone siempre a leer.

— Bueno. Si prefieres conversar, me parece muy bien.

— No es eso. No es eso — dijo y salió llevándose las viandas.

Pasaron algunos días, hasta que cierta mañana, cuando llegaba yo a la oficina a la hora de costumbre, hallé a Eliana en la máquina de escribir, terminando algunas frases. Había entrado mientras hacían el aseo, y cuando me vió llegar, terminó apresuradamente la última frase y salió corriendo. Como esa era su forma habitual de abandonar la oficina, tomé sin extrañeza alguna el papel que dejó puesto en la máquina y leí las frases escritas, que tenían terribles faltas de ortografía. Pensé que sería difícil llegar a enseñar a Eliana todas las reglas gramaticales y demás conocimientos indispensables. Sobre todo que sería largo. Y eso fué todo. ¿Cómo podemos leer frases sin fijarnos en su significado? Cuando Eliana venía a ensayar su escritura a máquina, escribía cualquier cosa y, lógicamente, las palabras quedaban ahí como conjuntos de letras muertas, sin sentido alguno. Pero si son



varias las frases que se suceden, con hilación, es extraño leerlas sin reparar en que tienen vida y nos están gritando cosas desesperadamente. Después, al recordar éstas, cuando ya era tarde, vine a reparar en que la muchacha quiso confesar algunas cosas que exigían respuesta. ¿Cómo pude leerlas sin darme cuenta, cuando tanto me habría agradado imponerme de su significado? Después de prolijo raciocinio, no hay duda alguna de que ello fué culpa de las faltas de ortografía. Ellas, con sus rostros contrahechos, son capaces de ahuyentar las más puras emociones. Y así, por quizás qué conjunción diabólica de sutiles detalles, quedaron ciegas las palabras candentes de emoción, les faltó la respuesta como el vestido a la desnudez. Quizás qué gesto estúpido tenía mi cara, qué palabra indiferente salió de mis labios, cuando la muchacha vino después a llevarse una certidumbre. Porque tiene que haber venido, tiene que haber venido, temerosamente, zozobrando.

Después falté unos pocos días a la oficina porque tuve que salir fuera de la capital y cuando volví, supe que Eliana había recibido, entre otros obsequios, un abrigo muy elegante de un señor del séptimo piso, que trasladaba en esos días su negocio de sastrería a un pueblo del sur. Ella desapareció poco después.

\*

Un abrigo, querido amigo, en estos primeros días de primavera, cuando aun hace frío en las noches, es como una caricia total. Total y tibia. Más elocuente que muchas palabras. . . .

*Lo Amor, Septiembre de 1943.*

*Aldous Huxley*

## A doscientos años de Swift

«La Reina — escribe Swift en una de sus cartas a Stella—, la Reina está bien, pero temo que no llegue a longeva; porque se dice que a veces tiene la gota en los intestinos (odio la palabra intestinos).» ¡Sí, cómo la odiaba! Y no sólo la palabra — las cosas en sí también, esas inocuas tripas necesarias —, las aborrecía y detestaba con una intensidad de odio tal como pocos hombres jamás pudieron sentir. No podía soportar que los hombres pasaran por la vida con tripas y muellejas, con hígados y pulmones, con riñones y bazos. El que los seres humanos tuvieran que expulsar los productos de desecho del metabolismo y la digestión, era para Swift causa de agudísimo sufrimiento. Y si los Yahoos eran todos sus enemigos personales, eso era sobre todo porque oían a sudor y excrementos, porque tenían órganos genitales y senos, ingles y sobacos velludos. Sus defectos morales eran de secundaria importancia. Las poesías de Swift sobre las mujeres son aun más feroces que su prosa sobre los Yahoos; su rencor porque las mujeres son mamíferos de sangre caliente, fué increíblemente amargo. Leed (con un frasco de sales a mano si es que sois de estómago delicado) *El tocador de la dama, Cassinus y Peter, Una ninfa joven y bella se va a dormir*. He aquí una muestra moderadamente característica:

*At first a dirty smock appeared,  
Beneath the armpits well besmeared. . .  
But oh, it turned poor Stephen's bowels,  
When he beheld and smelt the towels,  
Begummed, besmattered and beslimed,  
With dirt and sweat and earwax grimed.*

Pasando de la descripción a la reflexión filosófica encontramos líneas como éstas:

*His foul imagination links  
Each dame he sees with all her stinks;  
And if unsavoury odours fly,  
Conceives a lady standing by.*

Tampoco puedo abstenerme de mencionar esa línea que Swift elaboró tanto que la convirtió en la culminación de dos respectivas poesías:

*Oh, Celia, Celia, Celia...!*

El verbo monosilábico que las modestias de hoy no me permitirán reproducir, rima con «traga» y «halaga».

Swift debe haber odiado la palabra intestinos hasta lo rayano en la locura. Nada excepto una violentísima pasión o el más intenso odio puede dar cuenta de una preocupación tan obsesiva por los temas viscerales y excrementicios. La mayoría de nosotros no gusta de los malos olores y los desperdicios putrefactos; pero tan moderadamente que a menos que fueren nuestros sentidos es raro que pensemos en ellos. Swift aborrecía los intestinos con tan apasionado odio que sentía una necesidad perversa de bañarse continuamente en la desconcertante imagen que se forjaba de ellos. Los seres humanos se sienten siempre fascinados por lo que los horroriza y repugna. Las razones son oscuras y sin duda complicadas. Una de las causas de esta aparente perversidad se ha de encontrar ciertamente en la casi universal ansia de excitaciones. La vida es un asunto monótono para la mayoría de la gente. Desean ser maravillados, estimulados, excitados a cualquier costo. Lo horripilante y lo repugnante son fuentes de fuerte emoción; de ahí que lo horripilante y lo repugnante sean perseguidos como cosas buenas. La mayoría de nosotros, supongo, disfruta la repugnancia y el horror, por lo menos en pequeñas dosis. Pero muy rápidamente llegamos a un punto en que el placer se convierte en dolor. Cuando esto ocurre es natural que hagamos lo posible por evitar el origen de la dolorosa emoción. Pero hay por lo menos dos tipos de personas que se encuentran voluntariamente preparadas para continuar la búsqueda de los horrores y las repugnancias mucho después que la mayoría de sus semejantes han comenzado a huir de un placer que se ha convertido en intolerable dolor. En primer lugar encontramos a los congénitamente insensibles — los que pueden ser excitados sólo por un estímulo relativamente enorme. El caso extremo es el de ciertos idiotas para quienes una operación sin anestesia es un verdadero placer. Bajo el bisturí y el cauterio recién comienzan a sentir. Entre este extremo de insensibilidad y lo estatísticamente normal no hay solución de continuidad sino una serie ininte-

rrumpida y graduada de tipos para quienes el estímulo normal es inadecuado en mayor o menor grado. A los insensibles congénitos debemos agregar aquellos cuya sensibilidad normal ha decaído durante el transcurso de la vida por una u otra razón. Un tipo familiar es el libertino viejo habituado a una excitación continua, pero tan exhausto por este tren de vida, tan embotado y endurecido, que sólo puede ser excitado por un estímulo más poderoso que el normal. Tales insensibles pueden soportar dosis de horror y repugnancia que serían mortales para un hombre ordinario.

Pero los insensibles no son los únicos amantes del horror y del asco. Hay otra clase de hombres y mujeres, con frecuencia más que ordinariamente sensibles, quienes deliberadamente buscan lo que les causa dolor y asco, en pro del extraordinario placer que experimentan al vencer la repulsión. Analicemos, por ejemplo, el caso de la mística Mme. Guyon, quien sentía que su repugnancia por los objetos sucios y hediondos era una debilidad imperdonable en quien vivía sólo para y con Dios. Un día decidió superar esa debilidad, y viendo sobre el suelo un escupitajo realmente asqueroso lo recogió y, a pesar de los intolerables accesos de horror lo introdujo en su boca. El asco nauseabundo que sintió fué seguido por una sensación de alegría, de profunda exaltación. Un incidente similar se encuentra en la biografía de San Francisco de Asís. Casi el primer acto de su vida religiosa fué depositar un beso en la mano pustulenta de uno de esos leprosos, cuya sola vista y olor le habían enfermado de disgusto hasta ese momento. Como Mme. Guyon fué recompensado por sus tormentos con una sensación de venturosa felicidad. Aun las personas menos santas han sentido el acceso de satisfacción que sigue a la realización de un acto que se halla al borde de la resistencia instintiva. El placer de oponer la voluntad conciente a una de esas oscuras fuerzas instintivas que la conciencia considera con razón sus enemigos, es para mucha gente, y en ciertas circunstancias, más que suficiente para compensar el dolor causado por la frustración del instinto. Nuestras mentes, como nuestros cuerpos, son colonias de vidas separadas, existentes en un estado de simbiosis crónicamente hostil; el alma es en realidad un gran conglomerado de almas, el producto de cuya incesante lucha en determinado momento se traduce en nuestro comportamiento de ese momento. Los placeres que acompañan la victoria de la voluntad conciente tienen una peculiar cualidad propia, cualidad

que para muchos temperamentos los hace preferibles a cualquier otro tipo de placer. Nietzsche aconsejaba a los hombres ser crueles consigo mismos, no porque el ascetismo halagara a algún hipotético dios, sino porque es un buen ejercicio espiritual, porque endurece la voluntad y exalta el sentido de poder, de vida conciente voluntaria. A esta deliciosa exaltación del sentido de poder, el creyente cuya voluntad conciente está luchando por algo que se considera absolutamente bueno, puede agregar la no menos deliciosa impresión de ser virtuoso, la placentera certeza de estar agradando a Dios. Mme. Guyon y San Francisco posiblemente no exageraron al describir en términos tan arrebatados la alegría que encontraron en revolcarse voluntariamente en la inmundicia.

Swift — para retornar después de una larga digresión —, Swift pertenecía, me parece, a una sub-especie de la segunda categoría de amantes de lo horrible. No era uno de esos insensibles que sólo pueden responder al estímulo más violento. Al contrario, parece haber sido más sensible que lo normal. Su «odio a los intestinos» era la transformación en ente racional de un asco intenso. ¿Por qué, entonces, estudió tan escrupulosamente lo que le repelía? ¿Cuál fué su recompensa? ¿Fué el acrecentamiento nietzscheano de su sentido de poder? ¿O era la conciencia feliz de un cristiano seguro de halagar a Dios por la conquista de una flaqueza? No, no era ciertamente por el amor de Dios que el Dean de St. Patrick se humillaba en el excremento y la hediondez. ¿Era entonces por amor a sí mismo, por el placer de doblegar su voluntad? Un poco, tal vez. Pero la verdadera recompensa era el dolor que sufría. Sentía apremio por recordar su odio a las tripas, así como un hombre herido o con dolor de muelas siente necesidad de tocar el punto de su padecimiento — para asegurarse que está aún allí y aún agonizante. En Swift no se trataba de un placer de auto - afirmación preponderando sobre el dolor que provoca el asco ocasionado voluntariamente. Para él, el dolor era el placer, o en último caso el fin deseable hacia el que estaban orientadas sus actividades. Deseaba sufrir.

La grandeza de Swift reside en la intensidad, en la violencia casi insana de su «odio a los intestinos», que es la esencia de su misantropía y que es la razón fundamental de todo su trabajo. Como doctrina, como filosofía de la vida, esta misantropía es sumamente estúpida. Como la filantropía apocalíptica de Shelley, es una protesta contra la realidad, una

niñería (porque es sólo el niño el que rehusa aceptar este orden de cosas), como lo son todas estas protestas, desde el cuento de hadas hasta la Utopía de los socialistas. Considerado como panfleto político o la expresión de un panorama mundial, *Gulliver* es tan absurdo como *Prometeo desencadenado*. Consideradas como obras de arte, como universos independientes de raciocinación existentes sobre su propia autoridad, como geometría armoniosamente desenvuelta de un juego de axiomas elegidos arbitrariamente, son admirables, casi por igual. Lo que me interesa aquí sin embargo, es la relación de estas dos obras con la realidad externa a ellas, no la relación interna y formal de las partes concurrentes entre sí. Considerados entonces como meros comentarios de la realidad, *Gulliver* y *Prometeo* tienen, a pesar de sus sorprendentes diferencias, un origen común — la negativa por parte de sus autores de aceptar la realidad física del mundo. La negativa de Shelley de aceptar la realidad existente, tomó la forma de una escapada lírica y profética a la Edad de Oro, que advendrá cuando los reyes y los clérigos sean destruídos y el culto de abstracciones y absolutos metafísicos sea substituído por el de los dioses existentes. Swift, por el contrario, no hizo tentativa alguna de escape y permaneció atado a la tierra, refregándose la nariz contra todos esos aspectos de la realidad física que más le disgustaban. Su *Houyhnhnm Utopía* no era uno de esos paraísos artificiales fabricados por los hombres (de materiales tan diversos como mitos religiosos, novelas y whisky) para refugio de un mundo que fueron incapaces de superar. El no era como esa Persona Vieja de Bazing en la rima de Edward Lear que

*compró un corcel  
que cabalgaba a toda velocidad  
para escapar de la gente de Bazing.*

El caballo de Swift no era un medio de transporte hacia otro mundo mejor. Un ángel alado hubiese servido mejor para tal propósito. Si él «compró un corcel» fué para avergonzar a los desagradables Yahoos exhibiendo la superioridad del caballo. Para Swift el encanto del país de los Houyhnhnms consistía no en la belleza y la virtud de los caballos, sino en la impureza de los hombres degradados.

Si investigamos el asunto, averiguaremos que el grande, el imperdonable pecado de los Yahoos era tener intestinos.

Como muchos padres de la iglesia, Swift no podía perdonar a los hombres y a las mujeres el ser mamíferos vertebrados al mismo tiempo que espíritus inmortales. No podía perdonarles, en una palabra, el que existieran de verdad. Es innecesario que insista con más extensión sobre lo absurdo, lo infantilmente tonto de esa negativa de aceptar el mundo como realmente es. Las abstracciones se hacen de realidad y alma rotulada, espíritu, etc.; la realidad es entonces odiada por no reflejar estas abstracciones arbitrarias de su masa total. Sería igualmente lógico odiar a las flores por no parecerse al perfume líquido que se puede destilar de ellas. Y una chiquillada mayor, aunque no menos común es odiar la realidad porque no refleja los cuentos de hadas que los hombres inventaron para consolarse de las incomodidades y las dificultades de la vida cotidiana, u odiarla porque la vida no encierra el significado que a un autor favorito se le ocurrió atribuirle. Ivan Karamazoff devolviendo a Dios su tarjeta de entrada a la vida, es un ejemplo característico de este último tipo de infantilismo. Ivan está desconcertado porque el universo real refleja en muy poco la maquinaria providencial de la teología cristiana, desconcertado porque no puede encontrarle significado a propósito a la vida. Pero el fin de la vida, aparte de la mera continuación de la existencia (ya de por sí un fin noble y hermoso), es el fin que nosotros le atribuimos: su significado es lo que queremos llamar así. La vida no es un problema de palabras cruzadas, con una solución previamente dispuesta y un premio para la ingeniosa persona que lo descifre. El enigma del universo tiene tantas soluciones como habitantes vivientes tiene el universo. Cada respuesta es una hipótesis en potencia, en cuyos términos el respondedor experimenta con la realidad. Las mejores soluciones son aquellas que permiten al respondedor vivir más plenamente; las peores son aquellas que lo condenan a una muerte parcial o total. Las respuestas más fantásticas bastarán como hipótesis en juego. Así, algunas tribus primitivas están convencidas de ser hermanos de sangre de los cocodrilos o las cotorras, y viven de acuerdo con su creencia — muy eficientemente, según tenemos noticias. Nos reímos de su filosofía. Pero, ¿es más ridícula acaso que aquella otra que nos enseña que los hombres son hermanos no de las cotorras sino de imaginarios ángeles? ¿O que una abstracción llamada alma es la realidad esencial de la naturaleza humana, y el cuerpo es poco menos que un accidente, cuando más un accidente perverso?

Más adelante agregaré algo sobre las posibles razones que tuviera Swift en su insensato odio a los intestinos. Era un odio al que, por supuesto, tenía perfecto derecho. Todo hombre tiene un derecho inalienable a una premisa mayor psicológica de su filosofía de la vida, así como todo hombre tiene un derecho inalienable a su propio hígado. Pero su hígado puede ser un mal hígado: lo convertirá en un ser inactivo, malhumorado, desesperadamente melancólico. Su hígado puede ser, en una palabra, un obstáculo en su vida, en lugar de ser una ayuda. Lo mismo sucede con una filosofía de la vida. Todo hombre tiene derecho a mirar el mundo como le plazca. Pero su panorama del mundo puede ser malo — un obstáculo como el hígado enfermo, en lugar de una ayuda. Juzgado de acuerdo a estas normas, el mundo swiftiano es decididamente malo. Odiar los intestinos, odiar el cuerpo y todas sus manifestaciones, como Swift los odiaba, es odiar por lo menos la mitad de la actividad vital completa del hombre. Es imposible vivir de una manera completa sin aceptar la vida como un todo indiviso en sus manifestaciones. Los prodigiosos poderes de Swift se reunieron en el lado de la muerte, no en el de la vida. ¡Qué instructiva en este aspecto es la comparación con Rabelais! Los dos hombres eran escritores escatológicos. Masa por masa, posiblemente haya más estiércol e inmundicia apilados en la obra de Rabelais que en la de Swift. Pero ¡qué placentero es el estiércol por el que vadea Gargantúa, qué deliciosa la inmundicia! La basura se transforma por amor, porque Rabelais amaba los intestinos que Swift odiaba tan malignamente. Suyo era el verdadero *amor fati*: aceptaba la realidad en su integridad, aceptaba con gratitud y deleite este mundo sorprendentemente improbable donde las flores surgen de la bosta y los Reverendos Padres de la Iglesia, como en la *La Metamorfosis de Ajax*, de Harrington, meditan sobre los divinos misterios mientras permanecen sentados en la letrina; donde los cantores del amor más místico y espiritual, como Dante, Petrarca y Cavalcanti, tienen esposas e hileras de hijos; donde las violencias de la pasión animal pueden dar origen a sentimientos de la más exquisita ternura y refinamiento. Swift no tiene participación en este mundo tan hermoso, ridículo y trágico: lo excluyen de él su odio, su añorado resentimiento contra la realidad por no ser enteramente diferente de lo que en definitiva es. El que la encantadora Celia tenga que obedecer los llamados de Natura como cualquier vaca o camello, es para Swift un ver-

dadero desastre. El sabio y científico Rabelais, por otra parte, se sentiría angustiado si ella no los obedeciera, y le prescribiría una visita a Carlsbad o Montecatini. A Swift le hubiese gustado que Celia fuese incorpórea como una abstracción: estaba furioso con ella porque era maciza y sana. Uno se sorprende que un hombre adulto pudiese pensar y sentir de una manera tan esencialmente infantil. Es comprensible que el odio a los intestinos fuese la premisa mayor de su filosofía cuando tenía quince años, pero que continuara siendo la premisa mayor a los cuarenta requiere cierta explicación.

A esta distancia de tiempo y con sólo la más inadecuada evidencia en que fundarnos, no podemos esperar una explicación certera. Lo mejor que podemos hacer es aventurar una suposición, sugerir una posible hipótesis. Lo que yo sugeriría — e indudablemente ya ha sido sugerido con anterioridad — es que el odio de Swift por los intestinos estaba, oscuramente, pero no por eso menos conectado, con esa «frialidad temperamental» que Sir Leslie Stephen atribuye al misterioso amante de Stella y Vanessa. Que cualquier hombre con una dosis normal de sexualidad se comportara de manera tan extraña como Swift se comportaba con las mujeres que amaba, parece realmente inexplicable. La evidencia sobreviviente nos fuerza a creer que algún impedimento físico o psicológico le privaba de hacer el amor de la manera ordinaria, como todos los humanos; ahora bien, cuando un hombre no es en realidad, ni siquiera potencialmente, como todos los humanos, no por esa razón se transforma en super-humano; por el contrario tiende a ser sub-humano. Subhumanamente tonto, como fué tonto Kant en los intervalos de su producción superhumana: *Crítica de la razón pura*; o subhumanamente maligno, como lo fué el demasiado virtuoso Calvino. Apartado por algún accidente de constitución o carácter del hermoso y humorístico, del casi absurdo pero sagrado, sublime y maravilloso mundo de la pasión y la ternura carnales (y careciendo del aliciente de la carne, el espíritu debe permanecer para siempre ignorante de las más altas, las más profundas, las más intensas formas del amor), Swift estaba imposibilitado de llegar a la madurez humana completa. Al permanecer subhumanamente infantil, continuó durante toda su vida sintiendo un infantil resentimiento contra la realidad, porque no refleja las abstracciones y cuentos de hadas compensatorios de los filósofos y los teólogos. Al mismo tiempo, su sepa-

ración del mundo humano, su sentido de la soledad, desarrollaron en él algo de la malignidad subhumana, del odio, de la envidiosa «indignación con derecho» del puritano. La otra cara de este feroz aborrecedor era, como sucede tan frecuentemente, la de un sentimental — un sentimental, además, de la peor especie; porque en el escritor de lenguaje infantil que ocupa tanto espacio en el *Journal to Stella* de Swift, vemos ese abyecto y repulsivo tipo de sentimental (tipo, añadiremos, excesivamente común en nuestros días), el hombre adulto que deliberadamente imita las actitudes de la infancia. El carácter de la época en que vivió Swift era recio y viril: la maquinación, la taylorización, la labor dividida y altamente organizada, la especialización, y el humanitarismo, no habían comenzado aún a producir sus efectos embrutecedores. En la Inglaterra de principios del siglo XVIII, Swift se avergonzaba de su infantilismo. Su media lengua era un secreto entre él y los dos «dulces pilluelos» a quienes dirigía sus cartas. En público sólo reveló su aspecto de puritano, de Padre de la Iglesia — el anverso respetablemente misantrópico de su medalla infantil. Si hubiese vivido doscientos años después, en nuestro mundo rutinario y mecanizado, mundo de sentimentalistas flojos y subhumanos no se hubiese avergonzado de su infantilismo: por el contrario, se hubiese sentido orgulloso. Hubiese ocultado sus fastidios y sus odios del público moderno. Si Swift viviese hoy sería adorado, honrado con la dignidad de barón y la orden del Mérito como autor no de *Gulliver*, no de *El cuento de una tina* no de *Consejos a los sirvientes*, no de *El tocador de una dama*, pero sí de *Un beso para Cenicienta*, y *Peter Pan*.

Traducción de Raquel Liacho.

**BABEL**  
*Revista de Arte y Crítica*

FUNDADA EN BUENOS AIRES EN ABRIL DE 1921

Comité asesor: Manuel Rojas, Luis Franco, González Vera,

Lain Díez y Mauricio Amster (Gerente)

Director: Enrique Espinoza

Precio del número. . . . . \$ 10 mlch.

Suscripción a 6 números. . . . . \$ 50 mlch.

**FUERA DE CHILE:**

Precio del número. . . . . 0,30 uja.

Suscripción a 6 números. . . . . 1,50 uja.

*Toda la correspondencia de BABEL debe dirigirse a Av. Bernardo O'Higgins 2555, Stgo. Cheques o giros a nombre de Mauricio Amster*

# "HISTORIA UNIVERSAL DE LA LITERATURA"

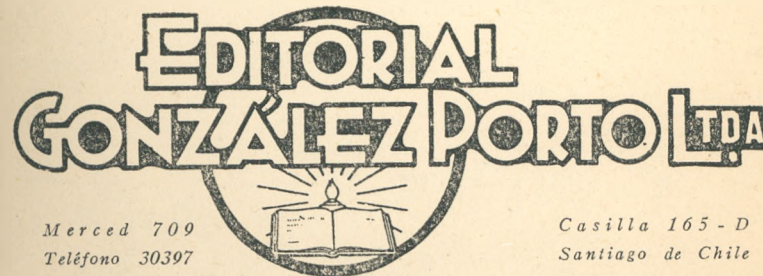
*La Historia, el Arte y la Literatura del Mundo  
Tres obras en una*

**T**ODOS los genios de la literatura universal parecen volver de nuevo a la vida en las exquisitas páginas de esta HISTORIA maravillosa. Nunca ha existido una oportunidad mejor para conocer, en cuerpo y alma, a los que concibieron las creaciones artísticas y literarias más sublimes. Los TRECE volúmenes de la HISTORIA DE LA LITERATURA—hermosos volúmenes de majestuosa presentación y riquísimo contenido—recogen las más excelsas expresiones del ser humano. En ellas encontrará el lector la gracia divina de los poetas y la severa profundidad de los filósofos. Sus páginas nos presentan la exquisita prosa de los más grandes literatos y la inspiración genial de los que inmortalizaron su nombre a través de la piedra, la pintura y el mármol. . .

Nada de lo que tenga un valor perdurable queda al margen de sus TRECE volúmenes. La obra de SANTIAGO PRAMPOLINI abarca todas las culturas y da a cada una de ellas la trascendencia que en la Historia Literaria le corresponde. El más ilustre filólogo del mundo se ha unido en esta ocasión a JOSE PIJOAN, uno de los críticos e historiadores españoles más eminentes, para ofrecer al público de lengua castellana una obra monumental, única en su género. Por último, también han intervenido los más esclarecidos escritores de América Latina para desarrollar los capítulos correspondientes a nuestro Continente.

**13 grandes volúmenes — Más de 7,000 páginas  
3,200 ilustraciones**

Editores y Distribuidores Exclusivos



Merced 709  
Teléfono 30397

Casilla 165 - D  
Santiago de Chile

**CONSULTENOS SOBRE AMPLIAS FACILIDADES DE PAGO, Y LE REMITIREMOS FOLLETO ILUSTRADO DESCRIPTIVO**

# BIOGRAFIA E HISTORIA

**LA VIDA DE BEETHOVEN**, por Edouard Herriot. El famoso político francés nos ofrece una obra que por su amenidad narrativa, por su valor literario y por la estricta documentación utilizada constituye la verdadera biografía del genial músico, cuyas composiciones seguirán maravillando por muchas generaciones. \$ 55.00. Empastada \$ 100.00.

**HISTORIETAS NACIONALES**, por Pedro A. de Alarcón. Se describe en esta obra, en gran parte, escenas de la guerra española contra las fuerzas invasoras de Napoleón defendiendo su independencia. Es un volumen doble de la Biblioteca Zig-Zag. \$ 15.00.

**JEROMIN**, por el P. Luis Coloma. El ilustre jesuita y escritor español, una de las primeras biografías noveladas que se publicaron en Europa. Jeromin era el nombre afectivo que se daba cuando niño a don Juan de Austria y en este libro se nos ofrece un relato fiel de la apasionante vida del protagonista. \$ 40.00.

**ROMAIN ROLLAND, EL HOMBRE Y LA OBRA**, por Stefan Zweig. Nadie como Zweig para biografar un personaje famoso. Romain Rolland aparece con toda su vigorosa personalidad que le dio el nombre universal. \$ 15.00.

**LORD COCHRANE**, por Enrique Bunter. Las audaces proezas del ilustre marino inglés que tanto hizo por nuestra independencia. El documento histórico y la biografía novelada marchan a la par dando calor e inesperada atracción a la obra. \$ 40.00. Edición de lujo \$ 80.00.

**WELLINGTON**, por Philip Guedalla. El magnífico escritor inglés nos entrega la más auténtica biografía del héroe de Waterloo. La preparación lenta y constante para su victoria sobre Napoleón y el ambiente inglés de la época victoriana son descritos con una exactitud acertada y plena de interés. \$ 50.00.

**LOS CIEN AÑOS**, por Philip Guedalla. El autor, ya nombrado como un biógrafo de fuste, se nos revela como un historiador inigualable. Inglaterra, la rubia Albión, se nos presenta en sus acontecimientos más importantes desde la Reina Victoria, verdadera forjadora del Imperio, hasta el año de preguerra, 1936. \$ 40.

**EL INMORTAL DE LOS ANDES**, por Armando Bazán. La obra aclamada por los lectores americanos. José de San Martín, soldado americano para gloria de nuestro continente, se nos presenta con perfiles nuevos y vigorosos que acrecientan su personalidad con ribetes emotivos. \$ 15.00.

**BOLIVAR**, por Phyllis Marshall y John Crane. Una biografía que, además de su sentido histórico, se adentra en el alma del Libertador y nos da una imagen clara y exacta de su pensamiento y de esa fuerza oscura e infatigable que le conducía certeramente a la acción. \$ 20.00.

**CRISTO JESUS**, por R. P. Housse. La vida del Redentor narrada con una claridad admirable y dentro de un análisis impregnado de sentido espiritual. \$ 80.00. Edición empastada. \$ 130.00.

*En todas las buenas librerías. Para Chile remitimos  
contra reembolso sin gastos de franqueo para el comprador*

**EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S.A.**

Casilla 84-D.

Santiago de Chile